

Serie terror
THANATOS

**Curtis
Garland**

Ahorcado,
dame tus ojos

NOVELA INEDITA



EDICIONES FORUM

**Curtis
Garland**

**Ahorcado,
dame tus ojos**

EDICIONES FORUM

1.ª edición: marzo 1985

Esta edición es propiedad de Editorial Delta S. A.

Paseo de Gracia, 88, planta 5.ª 08008 Barcelona.

© Texto: Curtis Garland

© Cubierta: Prieto - Ag. Norma

ISBN: 84-7598-070-8

Depósito Legal: B-7191-1985

Fotocomposición: T. G. S.

Luis Millet, 69. Esplugas (Barcelona)

Impresión: T. G. Soler; S. A.

Enric Morera, 15. Esplugas (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España, marzo 1985

1

El doctor Frank Shelley miró por la ventanilla del carruaje.

El paisaje que se mostró ante sus ojos distaba mucho de ser alentador. La noche oscura como boca de lobo, era gélida e inclemente. Sólo el vago resplandor blanquecino que se elevaba del nevado suelo y de los arbustos festoneados por el blanco elemento daba una tonalidad fantasmal al panorama de la región que estaban cruzando en esos momentos.

Apenas hacía unos minutos que había oscurecido, y ya parecían haber transcurrido horas enteras desde la puesta de sol. El cielo era negro, sombrío, y los copos que descendían lentamente, eran gruesos y abundantes, movidos de vez en cuando por una violenta ráfaga de aire helado.

—Es un tiempo infernal el que tenemos —se quejó otro viajero.

El doctor Shelley giró la cabeza, dirigiendo una ojeada distraída al que acababa de hablar. La mortecina luz de la lámpara colgada del techo del vehículo le mostró la benigna expresión de un hombrecillo menudo y rechoncho, de mofletes gordezuelos y enrojecidos, con todo el aspecto vulgar de un sencillo viajante de comercio.

Otro viajero, uniformado con un ropaje brillante, rico en galones y botonaduras doradas, sobre cuyas piernas reposaba un espectacular *kepis* charolado con el remate de un penacho escarlata, tosió antes de replicar al comentario:

—En estas regiones el invierno es muy crudo, caballero. Especialmente, en el Gran Ducado tenemos un clima bastante extremado, sobre todo en esta zona montañosa. Sin embargo, en la capital, Blandstadt, el tiempo resulta más benigno. ¿Es la primera vez que viene por aquí?

—Así es —convino el hombre de aspecto de comisionista—. Pero he viajado mucho por Prusia y por el Imperio Austrohúngaro. En

realidad, todos estos países se diferencian poco en lo relativo a su clima. Personalmente, prefiero el de Francia o Italia, me va mucho mejor para mi salud.

El doctor Shelley miró al tercer viajero que permanecía silencioso durante todo el tiempo. Era la única mujer en la diligencia que conducía desde la frontera del Gran Ducado de Morgenstein hasta su capital, Blandstadt. Una dama interesante, casi fascinadora.

Joven, de rostro suave y ligeramente pálido, hermosa cabellera dorado oscura, grandes ojos azules y expresión dulce, vestía ropas sencillas y elegantes, predominando en ellas los tonos grises. Parecía sumida en sus propios pensamientos, como si el carruaje, la noche invernal y sus compañeros de viaje significaran poco o nada para ella.

»—Somos un curioso grupo de viajeros en un país extraño al que llego por primera vez —reflexionó para sí el joven médico inglés—. Un comerciante friolero, un arrogante militar de opereta, una bella y misteriosa muchacha rubia... y yo, un joven licenciado en Medicina que, tras sus prácticas en

Bart's

[1], va a ejercer durante un tiempo como médico personal nada menos que del Gran Duque Vladimiro de Morgenstein, amo y señor de este Ducado, perdido en Centroeuropa, tan minúsculo como insignificante en el concierto internacional de las naciones.

Evocó el anuncio publicado en el *Times* londinense, que le había llevado hasta el pequeño país europeo a falta de mejor destino para un médico nuevo y sin clientela ni prestigio reconocido todavía, para cuidar de la salud algo precaria del propio Gran Duque. Posiblemente ello reflejaba claramente el escaso nivel clínico de aquel minúsculo ducado, pero a Frank Shelley la oferta de trabajo le había parecido aceptable, y allí estaba ahora, camino de Blandstadt junto a sus curiosos compañeros de viaje, en una destartalada diligencia que debía recorrer el camino real entre la frontera y la capital, salvando para ello un macizo de montañas agrestes, donde el invierno depositaba la nieve y los vientos con molesta frecuencia.

De vez en cuando, la voz del cochero se oía en el interior, azuzando a los caballos, no se sabía si para extraer realmente de ellos todo el esfuerzo posible que pudiera reducir la duración del

fatigoso viaje, o simplemente para entrar un poco en calor. El sendero se había hecho empinado y lleno de curvas, mientras los peñascales nevados y los arbustos pelados y tristes abundaban con mayor frecuencia en torno al vehículo.

—Usted no es prusiano, ¿verdad, señor? Ni tampoco austríaco, imagino...

Shelley salió de su abstracción. Era el locuaz militar quién hablaba, atusándose sus marciales bigotes mientras le contemplaba escudriñador a través de un ridículo monóculo ajustado a su ojo derecho.

—No, nada de eso —respondió Frank en el alemán rudimentario que él conocía—. Soy británico, señor. Doctor Frank Shelley, para servirles.

—Es un placer, doctor —manifestó con prosopopeya el soldado—. Nunca estuve en Inglaterra, la verdad. Es un país que me gustaría conocer. Pero todo cuanto he recorrido ha sido algunos lugares fronterizos con mi país. Soy el brigadier Helmut Krugg, de la Guardia del Gran Duque.

—Celebro conocerle —sonrió el joven médico cortésmente.

Y cuando iba a añadir algún cumplido más, el carruaje se estremeció con una violenta sacudida, pareció a punto de volcar de lado, pero al fin se quedó quieto, parado en seco, en tanto los caballos relinchaban allá fuera.

—¡Infiernos, algo ocurre! —bramó el militar, bastante poco correcto para estar en presencia de una dama—. ¡Hemos estado a punto de volcar!

—¿Qué es lo que puede ser? —se interesó, asustado, el viajante de comercio.

Asomaron ambos por las ventanillas, sin miedo al frío reinante, para indagar lo que sucedía. El doctor Shelley miró a la joven. Estaba bastante sorprendido.

Ella no había dado señales de asustarse lo más mínimo por el incidente y conservaba toda su serenidad admirablemente. Tan sólo un destello en sus pupilas azules, levemente dilatadas, reflejaba una cierta excitación apenas perceptible.

—¿Se ha hecho daño, señorita? —preguntó el joven, más por afán de entablar conversación de alguna forma con la silenciosa dama que porque realmente pudiera pensar que la brusca sacudida

en el asiento hubiera podido dañarla.

—No, no, doctor —respondió ella, evidenciando que su aparente ausencia no era tan total como para no haber sabido cuál era su profesión—. Estoy bien, gracias.

Eso fue todo. No parecía dispuesta a seguir hablando más, y Shelley tampoco encontró a mano excusa alguna para prolongar el diálogo. El militar había abierto la portezuela entre tanto, bajando a tierra. Sus lustrosas botas charoladas hicieron crujir la blanda nieve del camino. Su vozarrón tronó en la noche, entre vaharadas de vapor escapadas por entre sus bigotes:

—¿Qué diablos es lo que sucede, cochero? —demandaba.

El interpelado respondió en un lenguaje que, pese a tener acento alemán, no resultaba demasiado inteligible para un médico londinense, que apenas si entendió algunas frases sueltas:

—... Unas piedras en el camino... una zanja... la nieve lo ocultaba... podíamos haber volcado... Ahora los caballos están asustados... miedo a los lobos...

¡Lobos!

Apenas mencionada la palabra por el cochero, unos lejanos aullidos causaron un estremecimiento a Frank Shelley. No le gustaban los lobos, y menos en un paraje como aquél, desolado y gélido. El brigadier juró entre dientes y miró a las tinieblas circundantes, mientras el cochero examinaba una rueda del vehículo.

Una racha de viento glacial hizo entrar en el detenido carruaje un torbellino de blanca nieve. La joven se cubrió el rostro con el cuello de pieles de su capa, y hundió las manos en el manguito. Fuera, el cochero pasó junto a la portezuela, portando en su mano un farol de bailoteante llama. A su resplandor, Shelley pestañeó, fija la mirada en el camino.

Había creído ver algo, oscilando justo ante el carruaje. Una forma oscura, pendulando en el aire, a menos de diez yardas de ellos. Creyendo haber tenido una falsa impresión, asomó a la portezuela abierta y trató de escudriñar el tétrico paraje.

Un destello del farol le reveló de nuevo aquel bailoteo lento y siniestro, casi ante su propio rostro, a un lado del nevado camino. Masculló con voz sorda:

—¿Qué es eso? Juraría que hay algo ahí, al borde del sendero...

moviéndose.

—Así es —dijo el brigadier con displicencia—. Es un ahorcado, doctor.

Un *ahorcado*.

Los caballos relincharon de nuevo, coceando inquietos. Shelley estuvo seguro de que no era por los lobos solamente. Los animales intuían la presencia del ahorcado.

—Por fortuna, las ruedas están bien —informó el cochero, resoplando, de regreso junto a ellos—. Seguiremos camino de inmediato, señores. El parador de la encrucijada está solo a unos cinco kilómetros de aquí y allí nos espera comida caliente y una cama bajo techado para esta noche.

—Espere un momento —pidió Shelley, tomando de sus manos el farol.

Se acercó al lugar donde viera oscilar la forma oscura. Alzó la lámpara, protegiéndola lo mejor posible del crudo cierzo. Esta vez le fue posible percibir los crujidos de la madera reseca y vieja. Unas negras botas oscilaron a poca distancia de su cara, penduleando como un lúgubre reloj sin horas.

—Dios mío... —susurró.

—¿Le sorprende esto, doctor? —indagó el militar, acercándose a él con una tos—. Creí que en su país también colgaban a los criminales en los caminos.

—Así es, brigadier. Pero no deja de ser una costumbre horrible, la practique quien la practique.

Contempló las largas piernas del hombre colgado de aquella horca alzada al borde del camino real. Vestía enteramente de negro, era alto y flaco. Allá arriba, sobre el mortífero nudo de la soga, se vislumbraba la pálida mancha de un rostro convulso, bajo una negra cabellera. Las pupilas, dilatadas y vidriosas, tenían un color gris plomizo. Observó que las ropas del desdichado eran de buen paño, y provistas de botonadura de plata. Dos botones, en la extremidad inferior de los pantalones, quedaban lo bastante cerca de sus ojos como para poder ver a la claridad del fanal su curioso grabado: un águila de dos cabezas, apoyando sus garras en una calavera humana.

—Parecía un hombre de bien —comentó Frank pensativo.

—Lo era —asintió el militar junto a él—. Ese emblema de la

botonadura es el de la baronía de Burmeister. Ese desgraciado era el Barón Antón Burmeister, un señor feudal de estas tierras.

—¿Asesino, ha dicho?

—Sí. Estaba loco. Su demencia homicida le impulsaba a matar. Padecía un mal venéreo, creo. Siempre fue un ser depravado, encerraba doncellas en su mansión y las violaba repetidas veces antes de asesinarlas. El Gran Duque puso precio a su cabeza, y el barón se ocultó en las montañas, prosiguiendo con su cadena de crímenes. Aterrorizaba a los campesinos, asaltando sus casas de noche, para ultrajar muchachas y matar a quién se le resistía. Hasta que la gente dio con él. Supe que no pensaban juzgarle siquiera. Y veo que le colgaron de una horca del camino, como a los salteadores y forajidos. Dios le haya perdonado, si eso es posible. Ese hombre era un diablo, doctor.

—Ahora es sólo un cadáver —reflexionó Shelley, mientras devolvía la farola al cochero, y dominaba un escalofrío. Hundió sus manos en los bolsillos de su gabán—. Vámonos ya. Es un espectáculo que no me gusta en absoluto.

Se acomodó de nuevo frente a la silenciosa joven, que parecía absorta en la contemplación de aquella forma lúgubre colgada de la horca del sendero. El brigadier y el hombrecillo también se sentaron en sus respectivos asientos. El carruaje reanudó la marcha mientras los lobos aullaban cada vez más cerca y la nieve y el viento arreciaban en torno al vehículo.

El cuerpo colgado de la soga se quedó atrás, oscilando a impulsos del fuerte aire helado. La diligencia se alejó hacia el parador donde pasarían la noche.

Apenas dobló el carruaje una curva del nevado camino, dos sombras se materializaron tras unos arbustos festoneados de blanco, encima de un peñascal.

—Ya se fueron —susurró una voz—. Creí que no lo harían nunca.

—¿No será ya demasiado tarde para esto? —preguntó el otro hombre.

—Espero que no. El frío reinante puede contribuir a conservar el cadáver lo suficiente, Gunther. Vamos, no perdamos más tiempo.

Los dos hombres vestían de oscuro, tapados casi totalmente por macferlanes negros y sombreros del mismo color. Sus manos

enguantadas llevaban un maletín y una especie de caja redonda y negra, con aspecto de sombrerera.

Llegaron bajo la horca. Junto a la misma se alzaba un montículo rocoso totalmente cubierto de nieve. El hombre que parecía dirigir la nocturna expedición señaló a esa altura.

—Hay que hacerlo desde allí —dijo—. Yo mismo subiré, Gunther. Usted recójalo cuando caiga.

—Sí, doctor —afirmó el otro con voz ahogada.

El llamado «doctor» subió al montículo con alguna dificultad. Antes, había tomado el maletín alargado, que abrió una vez arriba. Un hacha de regulares proporciones, con la hoja centelleante y muy afilada, emergió entre sus manos.

Le bastó alzarla con fuerza por encima de su cabeza, y luego descargarla sobre el cuello del difunto, donde se hincaba la cuerda de la horca. Un solo tajo bastó. El acero hizo crujir la carne rígida y los huesos helados con un chasquido espeluznante. Cayó el cuerpo pesadamente a la nieve, y por otro lado rodó la cabeza, rebotando en las piedras para ir a hundirse a medias en la nieve, no lejos de los pies del otro individuo.

Rápido, éste se agachó, tomó la cabeza por los negros cabellos, la envolvió en una tela de saco y luego introdujo ambas cosas en la caja circular con forma de sombrerera, que cerró con dos pestillos.

—¡Ya está, doctor! —avisó con un leve temblor en la voz.

El otro descendió, guardando de nuevo el hacha en el maletín. Ambos hombres se miraron en la tenue claridad que prestaba el blanco de la nieve en la tenebrosa noche. Los aullidos de los lobos sonaban peligrosamente cerca.

—En marcha —jadeó el llamado doctor—. Vámonos de aquí, Gunther. Si nos cogieran con esto encima, nos ahorcarían lo mismo que al barón de Burmeister.

Los macabros ladrones se alejaron, rodeando el montículo. Tras éste, atados a un árbol sarmentoso y reseco, se hallaban dos caballos que pisaban inquietos; no se sabía si por la vecindad de los lobos o por la presencia del ahorcado.

Los dos hombres montaron a lomos de ellos, partiendo rápidamente en la misma dirección que la diligencia de Blandstadt.

Atrás, quedaba en medio del camino el cuerpo enlutado el hombre de la horca, desprovisto de cabeza, mientras la soga vacía

pendulaba en la helada noche y los lobos se aproximaban, presintiendo el festín.

2

El parador era grande y destartelado, pero al menos era un refugio contra el frío y la nieve. Su gran salón de abajo, destinado a figón y comedor, gozaba de los gratos efectos de un gran hogar donde ardían alegremente los leños.

Los caballos fueron conducidos a los establos por el mesonero, un hombre rubio y fornido, de cabeza cuadrangular y pelo muy corto y erizado. Una moza de enormes pechos y macizas nalgas se ocupó de aposentar a los cuatro viajeros, anunciándoles que de inmediato les serviría la cena en una mesa alargada, próxima al fuego de la chimenea.

Un perro tumbado junto a los leños parecía feliz con la vecindad del calor.

La cena fue abundante y, sobre todo, lo bastante caliente como para levantar un poco los ánimos de los ateridos viajeros. Un vino fuerte, de la región, oscuro y con grados, completó la cena. La joven rubia no probó en absoluto ese vino, limitándose a tomar un vaso de agua con los alimentos. Fue la primera también en retirarse a descansar, alegando fatiga y sueño.

Los hombres se quedaron por algún tiempo más a la mesa. El brigadier no perdía de vista las formas de la moza del mesón, mientras ella iba de un lado para otro recogiendo la mesa, e incluso se atrevió a darle un palmetazo en el trasero, que ella acogió con una risa.

—Caballeros, no me importaría nada ir a retozar con esa moza al establo, pese al frío que hace esta noche —manifestó el militar atusándose sus bigotes con una carcajada.

—Envidio sus ánimos, brigadier —suspiró el viajante con un bostezo—. Yo no cambiaría hoy mi cama por nada de este mundo, incluida una mujer hermosa.

—Vaya, nuestro compañero de viaje no está para ciertos trotes,

es evidente —se mofó el militar guiñando un ojo a Frank Shelley antes de ponerse de nuevo su monóculo para observar mejor las curvas de la moza, precozmente agachada ahora sobre los leños, que estaba removiendo, para placer del perro adormilado ante ellos—. ¿Qué opina usted de esa chica, doctor?

—Obviamente, que es una campesina recia y exuberante —sonrió Frank—. Y tal vez bastante complaciente si uno insiste un poco en ello.

—No estará pensando en hacerme la competencia, ¿eh, doctor? —se alarmó el brigadier.

—Descuide —rió el joven médico—. Como nuestro amigo, me temo que esta noche no esté yo tampoco para ciertas cosas. Me siento agotado y debo descansar. Buena suerte con su conquista, brigadier. Hasta mañana.

Se dispuso a incorporarse, cuando en este punto golpearon con fuerza en la recia puerta del mesón. El perro se incorporó a medias, gruñendo entre dientes con gesto poco amistoso. El mesonero resopló algo con disgusto y ordenó a su criada abrir la puerta. Ella se estiró la blusa sobre la reciedumbre opulenta de sus senos y cruzó el salón seguida por la mirada lasciva del militar.

Al abrir, en medio de una ráfaga de viento y copos de nieve, entraron dos hombres vestidos de oscuro, cubiertos con macferlanes y sombreros negros. Llevaban por todo equipaje un maletín alargado, de cuero negro, y una especie de sombrerera también negra, herméticamente cerrada.

—Cuiden de los caballos —pidió roncamente el que entró primero—. Están ateridos los pobres. Necesitan agua, heno y calor. Y nosotros comida y bebida inmediata. Seguiremos viaje dentro de una hora.

—¿Con semejante noche? —se sorprendió el mesonero—. Es un camino difícil, si van hacia Blandstadt, caballeros.

—Lo conocemos muy bien, no se preocupe —cortó el viajero—. Usted haga lo que pedimos. Descanso y comida para nuestros caballos y para nosotros, eso es todo.

Se acomodaron en otra mesa, tras dirigir una mirada de soslayo a los tres viajeros de la diligencia. El perro seguía gruñendo. Sus ojos estaban fijos en la sombrerera que uno de los recién llegados conservaba entre sus piernas, bajo la mesa.

—Hay que estar medio loco para viajar de noche con este tiempo, y a caballo —comentó el brigadier con aire de suficiencia—. En fin, allá ellos.

La moza había desaparecido para cuidar los caballos en el establo, y eso desalentó bastante al militar, que bostezó, dispuesto a retirarse también a dormir. En cuanto al viajante, ya había dado las buenas noches, encaminándose hacia la escalera que subía a los dormitorios. El doctor Shelley miró curiosamente al perro. Éste husmeaba el aire con gesto extraño. Sus ojos brillaban, fijos en la redonda valija de los desconocidos. De repente, emitió un aullido lúgubre, lastimero.

—¡Ese maldito perro, mesonero! —Gruñó uno de los viajeros—. ¡Hágalo callar, por todos los diablos! No nos gustan nada sus aullidos.

—Ya basta, Kazan —dijo el mesonero, amenazando a su perro—. Duerme y calla.

El animal gruñó contrariado, sin quitar sus ojos de la sombrerera, y se acurrucó de mala gana junto al fuego. Frank observó que tenía el pelo erizado.

La moza del busto exagerado no volvía del establo. El brigadier parecía estar sopesando la posibilidad de acercarse allí por lo que pudiera resultar. Shelley se incorporó, yendo hacia la escalera.

—Le dejo, brigadier —se despidió—. Buenas noches. Y suerte.

El militar rió, saliendo por una puerta del fondo. Frank pasó cerca de la mesa donde se sentaban los dos viajeros. Su pie tropezó con algo, caído junto al escabel que ocupaba el hombre de mayor autoridad de los dos allí aposentados. Se inclinó, tomando un objeto circular y plateado del suelo, que tendió a ambos hombres.

—Disculpen, ¿acaso esto es de alguno de ustedes? —indagó.

Los otros miraron el objeto de plata en su mano. Negaron con la cabeza.

—No, gracias —respondió uno, algo seco—. No llevamos botones así, señor.

Frank se encogió de hombros, marchando hacia la escalera. El botón plateado estaba boca abajo en su palma.

Lo giró mientras subía los primeros escalones. Paró en seco sobresaltado.

Aquel botón tenía grabada un águila de dos cabezas apoyada

sobre una calavera humana. Había visto recientemente botones así. En las ropas de un ahorcado. Era el blasón de la baronía de Burmeister.

Y estaba seguro de que, pese a lo que ellos dijeron, uno de aquellos hombres lo había dejado caer, tal vez sin darse cuenta siquiera de que lo llevaba encima, enganchado a sus ropas por alguna causa.

Pero ¿qué otra causa podía existir para ello, salvo que hubieran estado junto al hombre ahorcado en el sendero?

Perplejo, apretando el botón de plata entre sus dedos, Frank Shelley subió a la planta alta mientras el perro seguía gruñendo torvamente, sin quitar sus ojos excitados de aquella misteriosa sombrerera negra...

Iona Werner sujetó por el brazo al niño, con gesto disgustado.

—Está muy mal eso que has hecho, Alexis —le reprendió severamente—. No se deben hacer cosas así, entiéndelo. Eres un mal muchacho, un niño perverso.

—¡Déjame en paz! —chilló el niño furiosamente, forcejeando con las manos suaves pero firmes de la joven enfermera—. ¡No eres quién para regañarme a mí! ¡Sólo eres enfermera de mi padre, y yo soy el hijo del Gran Duque! ¡No tienes por qué tocarme ni reñirme!

—Lo que eres es un mal educado y un malvado —le acusó ella, mirando con dolor el cuerpecillo del pájaro que yacía sin vida en el suelo, tras haberle sido vaciados los ojos con una larga aguja—. Dejaste ciego a ese pajarillo y luego le mataste. Eso es una infamia, algo indigno de un niño bueno y cariñoso.

—¡Yo no soy bueno ni cariñoso, no quiero serlo! —gritó Alexis, hijo del Gran Duque Vladimiro de Morgenstein, dando puntapiés a los tobillos de la joven enfermera—. ¡Vete, vete de aquí, maldita seas! ¡Cuando sea mayor te haré ahorcar! ¡Lo juro!

—Serías capaz de eso y de mucho más, pequeño monstruo —le acusó ella, soltándole—. ¿Por qué cegaste al pajarillo? ¿Te sientes mejor así? ¿Crees que porque tú hayas nacido ciego, es justo que ciegues a otras criaturas que ningún daño te hicieron?

El niño lloriqueaba y chillaba, rabioso, cuando la puerta se abrió. Iona se volvió vivamente, inclinándose de inmediato con aire respetuoso.

—Perdone, señor —rogó con humildad—. Estaba riñendo

duramente a su hijo porque hizo algo horrible. Vea ese pajarillo... Él lo torturó y mató...

Los ojos del Gran Duque se fijaron, sombríos, en el pajarillo muerto. Se estremeció levemente, volviendo luego la mirada a su hijo. El niño elegantemente vestido, de pelo rizado y rostro angelical, seguía llorando y pataleando, sus ojos inexpresivos y muertos fijos en la nada.

—Está bien, señorita Werner —dijo con calma el señor de Morgenstein—. Comprendo su razón para reprenderle. Pero debemos entender todos que es un niño amargado por su desgracia. Espero, sin embargo, que muy pronto todo eso tenga remedio.

Iona Werner le miró sin comprender. Sabía que el Gran Duque, pese a ser hombre con fama de duro gobernante, resultaba demasiado blando y complaciente con los caprichos crueles de su único hijo, ciego de nacimiento. Sabía que malcriando al niño con esa tolerancia, el pequeño Alexis acabaría siendo un auténtico monstruo de maldad y perversión, pero como enfermera personal de su padre, ella estaba incapacitada para poder ejercer autoridad alguna sobre el niño.

—Perdone si me he inmiscuido en lo que no me afecta, señor, pero creí oportuno hacerle notar que no es con esa crueldad malsana con lo que hallará mayor consuelo a sus penas.

—Lo sé, señorita Werner —aceptó el Gran Duque—. De todos modos, estoy buscando solución a todo ello. Un médico notable, el mejor en su clase, va a examinar a mi hijo, por si existiera alguna posibilidad de hacerle ver un día. Y entre tanto, una nodriza cuidará en breve de él, especialmente dedicada a su persona día y noche. Esa dama está ya en camino y usted no tendrá que preocuparse ya del niño. Bastante tiene con cuidar de este pobre enfermo.

—No diga eso, señor. Cuido gustosamente de su persona y espero que ese médico que va a venir de Inglaterra pueda aliviar sus dolores y hacerle mejorar. Pero lo que no confío tanto es en el milagro de que médico alguno pueda dar la visión a Alexis.

—Yo sí tengo fe. No es ese médico inglés quien lo intentará, por supuesto, sino un especialista llegado de Prusia. Estoy impaciente por verle aquí, cuidando de mi hijo, tratando de dar luz a sus pobres ojos...

Iona no dijo nada. No quería hacer añicos las esperanzas de un padre, pero interiormente se decía que no era posible que especialista alguno diera luz a unas pupilas que habían nacido ya en la sombra, con una ceguera original que ningún médico había podido vencer.

—Dios quiera que todo sea como usted espera, señor —se limitó a decir mientras el Gran Duque acariciaba a su hijo tiernamente—. Ahora, recuerde que debe tomar su medicina y retirarse a descansar...

—Sí, sí, lo haré de inmediato, señorita Werner —asintió el señor de Morgenstein—. Antes acostaré a mi hijo y esperaré por si el médico prusiano llega esta misma noche.

—¿Ahora? Es muy tarde ya para eso, señor...

—Lo sé, lo sé. No me conviene trasnochar. Pero una vez es una vez, créame. Tengo motivos para pensar que él llegará hoy mismo a Blandstadt. Si es así, quiero hablar con ese doctor lo antes posible. Retírese usted, señorita Werner, por favor. Le prometo portarme bien e ir a la cama en cuanto vea a ese hombre.

Ella movió la cabeza con desaliento, y se alejó silenciosamente por los amplios y largos corredores del palacio ducal de Blandstadt. En la cámara del pequeño Alexis se quedaron éste y su padre. El niño lloriqueaba, lanzando acusaciones contra la enfermera, pero al fin se dejó acostar por el Gran Duque sin demasiada oposición. Éste miró tristemente las pupilas vacías de su hijo, suspiró con amargura y se encaminó a la salida tras apagar la lámpara de petróleo. Recogió el pajarillo muerto, que contempló sombrío, y salió al corredor.

Una puerta se abrió en ese momento al fondo, apareciendo en su umbral un hombre alto, delgado y de cabello canoso, cuyas facciones afiladas tenían una extrema palidez, en contraste con el negro azabache de sus fríos ojos estrechos. Vestía elegantemente ropas negras de seda, con chaleco rameado.

—Gran Duque, el doctor Hauser y su ayudante, Gunther Klein, han llegado —informó con tono escueto.

—¿Qué? —La alegría, la esperanza, asomaron al rostro del señor de Morgenstein—. ¡Dios sea loado, Kurt! Vamos allá, no le hagamos esperar más... De modo que lo lograron...

—Viajaron toda la noche, señor, para estar aquí a tiempo —

informó Kurt Muller, su secretario—. Están agotados, pero el doctor insiste en ver cuanto antes a su paciente. Asegura tener una posibilidad, aunque remota, de devolver la visión a sus ojos...

—Ojalá esté en lo cierto —le temblaron las manos al Gran Duque, trémulo de emoción e impaciencia—. Vamos, Kurt, hágale venir a la alcoba de mi hijo, enseguida...

El secretario asintió, impasible, inclinando la cabeza y dando media vuelta para ir a recoger a los recién llegados.

La luz hirió los ojos del niño. No se movió en absoluto. Dormía profundamente en su camita, entre sábanas de seda. La lámpara en manos del doctor Hauser se deslizó por delante de su rostro, mientras los dedos de su ayudante, Gunther Klein, sujetaban los párpados de la criatura ciega.

—Ceguera total de nacimiento —suspiró el doctor Hauser bajando la lámpara—. Clínicamente incurable según todos los diagnósticos conocidos hasta la fecha.

—Dios mío... —El gran Duque escudriñó al médico con expresión angustiada—. De modo que es cierto... No hay esperanzas. Ni siquiera usted puede dármelas, doctor...

El especialista prusiano le miró largamente en silencio, dejando la lámpara sobre la mesilla. Se humedeció los labios entre su barbita canosa y bien recortada, antes de hablar con calma:

—No he dicho exactamente eso, Gran Duque —expuso—. Sólo cité los diagnósticos habituales en estos casos.

—¿Y eso qué diferencia presenta?

—Tal vez mucha —los ojos del médico prusiano brillaron—. Yo no soy un médico como los demás. No me detengo donde otros lo hacen. Mi dedicación a la oftalmología trata de ir más allá de donde nadie fue jamás antes de ahora. Algunos colegas me llaman loco. Otros, imprudente e incluso profanador del sagrado terreno de la Medicina con teorías demenciales y monstruosas. Yo dejo que digan. Y sigo investigando, experimentando... Claro que hasta hoy sólo lo hice con animales, Gran Duque. No puedo responsabilizarme de nada. Pero todo lo más que puede ocurrir es que su hijo siga ciego cuando yo termine con él. Nada más. A cambio de ese riesgo, existe una posibilidad, una sola de que su hijo vea al fin, de que sus pupilas cobren vida.

—Dígame lo que ha de hacerse para intentarlo, y se hará —le

apremió el gobernante del Gran Ducado—. Ponga un precio a su trabajo, y se le pagará religiosamente, ocurra lo que ocurra.

—Del precio hablaremos más tarde, señor. Ahora lo que cuenta es el tiempo.

—¿El tiempo? —se extrañó el Gran Duque.

El médico afirmó:

—Así es. Conviene que hagamos cuanto antes la operación. Poseo los ojos de un donante. Pero, por desgracia, su período de conservación toca ya a su fin. Debemos operar de inmediato, o perderemos una gran ocasión propicia.

—Estoy de acuerdo ¿cuándo se hará esa operación, doctor Hauser?

El médico prusiano clavó en él sus pupilas y murmuró con firmeza:

—Ahora mismo. Sin perder un minuto.

El Gran Duque vaciló. Estrujó sus manos entre sí, nervioso.

—Bien —dijo luego con tono ronco—. Adelante, doctor. Dios nos ayude...

Frank Shelley se despertó agitado.

Estaba bañado en sudor, pese a que en su dormitorio hacía frío. Encendió el quinqué de encima de la mesilla y miró en derredor, a los viejos y oscuros muebles, a las desnudas paredes y al artesonado del techo, con gruesas vigas de madera carcomida.

Había tenido una pesadilla. En ella, el ahorcado del camino bailoteaba ante él, colgando de la soga. Pero de repente dilatava sus ojos, unos ojos ardientes y malignos, de un gris plomo, que se fijaban en él mientras la boca lívida del difunto reía por encima del lazo macabro de la cuerda. De sus ropas negras caían botones de plata con águilas bicéfalas y calaveras humanas, que golpeaban sus manos, quemándolas. Uno de los botones quedaba adherido a su piel, abrasándole dolorosamente. Y el ahorcado seguía riendo, bamboleándose en su soga. En ese punto despertó.

Se enjugó el sudor. Sus ojos se fijaron en el plateado destello sobre el mármol de la mesilla. Tomó la pieza de plata y casi creyó sentir la quemazón de su sueño. Estudió largamente el grabado del botón.

—¿Cómo lo tenían esos hombres? —murmuró—. ¿Estuvieron junto al ahorcado? ¿Por qué, para qué?

Se estremeció al recordar al perro aullando, su mirada fija en la sombrerera, su pelo erizado...

—Cielos, espero que no sea cierto... —jadeó—. En algunos lugares hay ladrones de cadáveres... Tal vez un despojo humano iba en aquella valija y el perro lo olfateaba... Dios mío, creo que este lugar empieza a trastornarme las ideas...

Apagó la luz, tumbándose en la cama para conciliar de nuevo el sueño. Tardó en quedarse dormido. Y cuando lo hizo, tuvo otra pesadilla con el ahorcado.

Esta vez, cosa extraña, el cuerpo que colgaba de la horca carecía de cabeza. Y un perro, al pie del patíbulo del camino, aullaba lastimero ante el cadáver decapitado.

Las luces alumbraron crudamente la escena.

Una escena que había tenido mucho de espeluznante hasta poco antes, y que el propio Gran Duque contemplaba con una mezcla de horror y esperanza, a espaldas del doctor Hauser y de su ayudante silencioso y eficaz.

Primero, había presenciado, lleno de horror, el vaciado de los ojos de su hijo Alexis, sometido al efecto de una fuerte dosis de láudano como anestesia. Aquellas órbitas vacías, sanguinolentas, habían sido por un tiempo el espectáculo más horrendo imaginable para un padre. Después, ante su pasmo y su escalofrío, los cirujanos habían extraído de su valija un frasco de vidrio conteniendo un líquido turbio, blanquecino... en el que flotaban unos ojos humanos. Su redondez cristalina, cubierta de finas hebras sanguinolentas, sus remates nerviosos bailoteando en el humor contenido en el siniestro frasco, producían auténtico pavor.

Nada podía haber, a juicio del Gran Duque, más escalofriante que unos ojos de un ser humano extraídos de sus órbitas y encerrados en un frasco.

Aquellos ojos tenían unas pupilas de color grisáceo. Las venas y nervios, partiendo de ambas órbitas, eran como hilillos rojos o amarillentos, diminutos reptiles flotando mansamente en el líquido conservante.

—Dios, ¿qué es eso? —jadeó en aquel momento el gobernante del ducado de Morgenstein.

—Nada extraordinario, señor —sonrió el cirujano bajo su

maskarilla—. Los ojos que han de serle implantados a su hijo Alexis para que obtenga la visión que jamás tuvo.

—Lo sé, lo sé, pero ¿de dónde se han conseguido? ¿*Quién* fue el donante, doctor?

—Eso... vale más dejarlo en el anonimato —suspiró el doctor Hauser encogiéndose de hombros—. ¿Qué importa de quién sean? Todos los ojos son iguales. Si logramos enlazar satisfactoriamente los nervios y las venas, y si estas pupilas conservan perfectamente su cristalino, su retina y todo lo demás, su hijo verá al fin. ¿No es eso lo que importa, Gran Duque?

—Sí, supongo que sí... —musitó roncamente el aludido.

Y siguió en silencio la estremecedora operación en las vacías órbitas del niño. Poco a poco, los globos oculares penetraron en sus huecos, las hábiles, precisas manos del cirujano, fueron ligando nervios y venas, músculos y toda clase de conexiones precisas con el resto del cuerpo humano para dotar de vida propia a aquellos ojos.

Al fin, el doctor Hauser respiró profundamente, se enjugó el sudor de su frente y ordenó a Gunther Klein que procediera a envolver en vendajes al niño.

Pronto, una serie de vendas rodearon la cabeza y ojos del pequeño, hasta el puente de su nariz. El Gran Duque miró anhelante al cirujano.

—¿Y ahora, doctor...? —jadeó.

—Ahora, a esperar. No mucho tiempo. Sólo lo preciso para que los ojos se adapten a su nuevo portador y los ligamentos se solidifiquen. Si no hay rechazo, el trasplante habrá sido un éxito. Y el niño verá cómo usted o como yo.

—Es un milagro, doctor.

—No, no es un milagro. La Ciencia puede ir mucho más lejos de lo que se supone. Algún día, muchos cirujanos especializados harán lo mismo que yo casi rutinariamente. Pero hoy por hoy, ciertas prácticas médicas rozan lo prohibido o lo mágico, y por ello se nos persigue a los innovadores. Esta simple operación que puede dar la visión a un ser humano, podría llevarme al patíbulo en muchos sitios, señor. El Poder y la Iglesia no permiten ciertas cosas.

—¿De modo que usted es el único que puede hacer algo así en Europa, doctor?

—No sólo en Europa, sino en el mundo entero, señor. Nadie se

atreverá aún en muchos años a algo parecido. Por miedo al fracaso, pero también por miedo a traspasar en su afán de renovación y progreso científico lo que ellos llaman las fronteras que Dios no permite al hombre cruzar.

—Imagino que esos ojos... sólo pueden pertenecer a un cadáver.

—Imagina bien —sonrió el médico prusiano—. Nadie con vida donaría algo tanpreciado como unos ojos, señor. Tuvimos fortuna en que el frío congelase ciertos tejidos, impidiendo su deterioro tras la muerte. Luego, esa solución mantuvo los globos oculares en perfecto estado.

—¿Cuándo podremos saber si mi hijo es capaz de ver?

—Hoy mismo, antes del amanecer. No le quitaremos aún los vendajes, pero haremos una prueba evidente con la luz. Si resulta, su hijo habrá conseguido el maravilloso don de la vista.

—Algo que nadie, salvo usted, podrá jamás dar a ser viviente alguno.

—Al menos de momento, así es. Tal vez dentro de un siglo cambien las cosas, pero no antes, Gran Duque.

—Esperaremos ese momento, doctor Hauser —dijo al gobernante del Ducado con tono grave, impaciente—. Vamos, tomemos algún refrigerio a la espera del instante propicio. Vengan conmigo, por favor.

—Recuerde que nadie debe saber nada de esto, Gran Duque —avisó el cirujano—. Los dos podríamos ser excomulgados por la Iglesia, y a mí se me acusaría de brujería y profanación de cadáveres.

—Descuide, doctor. Soy el primer interesado en que nada de esto se sepa. Oficialmente, todo habrá sido un verdadero milagro, algo prodigioso que nadie se explicará.

Salieron de la estancia, dejando en ella al niño dormido, bajo el cuidado del ayudante del doctor Hauser. El regreso a la habitación donde las fuertes lámparas habían iluminado la escalofriante intervención quirúrgica fue solamente dos horas más tarde, bien avanzada ya la fría madrugada, que derramaba abundantes copos de nieve sobre la silenciosa ciudad de Blandstadt, capital del Ducado.

—Bien, ahora probemos —dijo el cirujano, apagando todas las luces mientras el pequeño Alexis parecía ir despertando de su

letargo.

Aguardaron impacientes en la oscuridad mientras unos leves gemidos escapaban de labios del niño. El vago resplandor que se filtraba por un balcón entreabierto mostró al hijo del Gran Duque incorporándose en el lecho y tanteándose los vendajes con una mezcla de sorpresa y temor. En ese momento, el doctor Hauser encendió una lámpara provista de un espejo de lata bruñida, y proyectó la luz sobre los ojos vendados del pequeño.

Éste exhaló un grito leve, asustado, y alargó sus manos para cubrirse la faz de aquella luz. Su voz fue ronca, vacilante, llena de asombro y temor:

—¿Qué es eso? Veo algo... ¡veo luz! Papá, papá, ¿qué me ocurre? Ya no está tan oscuro como antes, como estuvo siempre...

—Dios sea loado —susurró el Gran Duque—. Ve esa luz, doctor...

—Sí, señor —afirmó el médico—. Hemos triunfado, ya puede asegurarse. La prueba ha resultado. Si el niño ve la luz, significa que sus retinas funcionan perfectamente. Y eso es sólo el principio. He dado la visión a sus ojos, Gran Duque. He cumplido mi promesa.

—Así es, doctor —el Gran Duque miró a su invitado con perplejidad—. Y nadie, jamás, deberá saber esto. Es nuestro secreto. Un secreto que debemos guardar para siempre, doctor Hauser. Salgamos ahora. Esto hay que celebrarlo.

—Sí, vamos ya —asintió el médico, inyectando algo al niño en el brazo—. Con esto, su hijo dormirá bastantes horas. Dentro de dos días podrá quitarle las vendas de modo definitivo.

El pequeño se adormiló de nuevo sin demora. Los tres hombres abandonaron la estancia. El Gran Duque y su fiel secretario, el enlutado Kurt Muller, habían dispuesto ya en una cámara bien iluminada de las estancias privadas del señor, de Morgenstein una botella de champaña y varias copas.

El propio Vladimiro de Morgenstein llenó las copas, ofreciendo dos de ellas a los viajeros. Alzó la suya propia en un brindis.

—Por usted, doctor Hauser, y su maravilloso bisturí. Espero que lo sucedido esta noche, quede bien guardado para siempre en el mayor de los secretos.

—En lo que a mi concierne, así será —afirmó el doctor bebiendo el champaña—. No revelaré a persona alguna lo que conseguimos

hoy, por vez primera en la historia de la Cirugía, con su hijo Alexis.

—De eso estoy bien seguro, doctor —afirmó el Gran Duque.

Y tanto al médico prusiano como a su ayudante les escapó por completo la fría ironía que asomaba en las palabras pronunciadas por su ilustre anfitrión. Las copas de champaña se agotaron pronto. Fuera, empezaba a despuntar el día.

Sólo una hora más tarde, a la gélida luz azul del amanecer invernal, los dos hombres llegados de tierras prusianas, el doctor Emil Hauser y su ayudante, Gunther Klein, estaban tendidos en la lujosa alfombra de la estancia donde se brindara con champaña. Ambos estaban muertos.

—Perfecto, Kurt —aprobó el Gran Duque mirando a su secretario—. Ahora, prepáralo todo para el funeral. El doctor Hauser y su ayudante murieron de una enfermedad desconocida, apenas llegados al Gran Ducado.

—Así es, señor —sonrió siniestramente el lívido personaje, recogiendo cuidadosamente las dos copas utilizadas por los prusianos durante el brindis—. Hay tantas enfermedades extrañas por Europa...

—Ahora sí que nadie sabrá de qué modo ha obtenido la visión mi hijo. Nadie debe imaginarlo siquiera. No deseo que alguna vez revelara ese hombre su secreto profesional, llevado acaso por el legítimo orgullo de su obra, y todos pudieran saber que Alexis de Morgenstein lucía en sus órbitas los ojos de un difunto...

Kurt asintió, encaminándose con ambas copas a la salida. Una leve espuma asomaba a los labios exangües de los difuntos cirujanos. Era toda la huella del veneno depositado en sus copas. Pensativo, el Gran Duque paseó por la estancia murmurando para sí con tono preocupado:

—Pero... ¿quién sería el donante de esos ojos que ahora tiene mi hijo? ¿Quién...?

La respuesta sólo la tenían dos hombres. Y ambos también estaban muertos.

Blandstadt aparecía totalmente cubierta de nieve, como un bello paisaje de cuento de Navidad. Sus callejuelas empinadas estaban totalmente blancas, lo mismo que los tejados y salientes de las casas pintorescas, casi todas ellas de fachadas artesonadas y vidrieras multicolores.

La diligencia se detuvo ante la parada de postas en medio de un remolino de crujiente nieve. Algunos curiosos contemplaban el descenso de los viajeros y el reparto de valijas por parte del cochero. Un carruaje oficial, con el escudo del Gran Ducado, rodó hasta aproximarse a la diligencia. Del vehículo descendió un caballero de impecable levita gris perla, sombrero de copa alta y peluche de brillo, y una capa negra por encima. Se aproximó a los viajeros y preguntó en voz alta:

—Por favor, ¿el señor Shelley y la señorita Braumer?

—Yo soy Shelley —dijo de inmediato el joven médico volviéndose al recién llegado—. Doctor Frank Shelley, de Londres.

—Y yo soy Sonia Braumer, de Viena —sonó una suave voz femenina.

Frank se volvió. Su rubia y bella compañera de viaje acababa de presentarse al desconocido caballero del carruaje ducal. Éste se inclinó cortés ante ambos, presentándose a sí mismo con una amable sonrisa en su rostro rubicundo:

—Mi nombre es Hans Hoffman. Soy palaciego del Gran Duque, exactamente su chambelán. Me ha enviado a recibirles para acompañarles de inmediato a su alojamiento en el palacio.

Señaló hacia el punto más alto de Blandstadt. En su cumbre, rematando las cuestas empinadas de aquella pequeña y pintoresca ciudad, capital del Gran Ducado, edificado en la cumbre de una montaña, un bello castillo, digno de servir de ilustración a la Cenicienta o a la Bella Durmiente, se alzaba solemne, con sus

almenas y torreones festoneados de hielo y nieve.

—Ignoraba que usted también fuese esperada por el Gran Duque, señorita —comentó Shelley mirando a la joven viajera de la diligencia.

—Pues ya ve que es así —respondió ella algo seca—. Puede que el Gran Duque necesite un doctor y haya ido a buscarlo nada menos que a Londres, pero que yo sepa, también necesitaban una *nurse*, una niñera para su hijo Alexis, y la consiguió en Viena. Creo que ambos seremos compañeros bajo un mismo techo durante algún tiempo, doctor.

—Cosa que no hace sino complacerme, señorita Braumer —confesó con galantería el joven británico.

Ella no respondió a eso, dirigiéndose directamente al carruaje oficial que esperaba. Subió a él, tras hacerse cargo dos lacayos de su valija, cosa que también sucedió con Frank cuando accedió tras ella al interior del carruaje.

El chambelán se reunió con ambos y partió de inmediato el vehículo a través de las callejuelas repletas de nieve.

—Un almuerzo les espera en palacio —explicó Hans Hoffman—. Imagino que traerán apetito.

—Y frío —confesó Shelley frotándose las manos—. Mucho frío, *herr* Hoffman. Salimos del parador de la encrucijada con la primera luz del alba. La temperatura entonces era bajísima.

—Sigue siéndolo, doctor —sonrió el chambelán moviendo la cabeza. Se volvió a la muchacha y añadió—: Por cierto, que esperábamos su llegada desde Viena, hasta que nos llegó su telegrama fechado en Berlín anunciándonos que tomaría esta diligencia, señorita Braumer.

—Aunque respondí al anuncio del Gran Duque solicitando una *nurse* extranjera que conociera varios idiomas, para su hijo Alexis, estando precisamente en Viena, más tarde hube de trasladarme a Berlín por motivos familiares, y desde allí envié ese telegrama. Tengo la costumbre de viajar bastante, señor Hoffman.

—Sí, comprendo —afirmó el chambelán apaciblemente—. Imagino que el viaje habrá resultado muy penoso. Esto de no tener en el Ducado vías férreas todavía, es algo muy molesto para los extranjeros que nos visitan, pero creo que en breve van a iniciarse las obras para un ferrocarril que una la frontera con la capital, si las

negociaciones con una empresa francesa cristalizan al fin.

—No puede negarse que ha sido un viaje pintoresco —sonrió a su vez Shelley—. Ni siquiera faltaron en él notas lúgubres, como las manadas de lobos y un ahorcado en el camino.

—¿Un ahorcado? —El chambelán se estremeció, poniéndose serio—. Lo ignoraba, doctor.

—Dijeron que se trataba de un barón enloquecido, violador y asesino.

—Oh, sí, entiendo —el chambelán Hoffman lanzó un suspiro—. Antón de Burmeister. Una fiera demente y peligrosa. Creo que le ahorcaron sus propios conciudadanos, sin juicio previo alguno. Un ser tan desagradable como cruel e inquietante. Personalmente creo que está mucho mejor muerto. Pero imagino que sería un espectáculo poco grato para ustedes, que les hará pensar en nosotros como un país bárbaro.

—No se preocupe por eso —rió suavemente Frank—. También en la civilizada Inglaterra hacemos esas cosas. Los caminos abundan en ahorcados de la más variada especie, para solaz del viajero.

—Esa conversación resulta poco agradable, ¿no creen? —terció Sonia Braumer con disgusto—. No soy una mujer débil ni impresionable, pero el tema me repugna.

—Perdone —suspiró Frank—. La culpa fue mía por sacar la conversación.

—Sí, debe disculparnos, señorita —admitió el chambelán con timidez—. Desgraciadamente para ustedes, tampoco espero que su llegada a palacio se produzca en el momento más adecuado. Hay dos fallecidos en el mismo, cuyos cadáveres se están velando en estos momentos.

—¿De veras? —Se inquietó el doctor Shelley—. ¿Quiénes son?

—Dos extranjeros que estaban de visita en el ducado. Una dolencia misteriosa les causó la muerte esta misma noche, cuando esperaban a ser recibidos por el Gran Duque. Algo muy desagradable, señores.

Frank y la joven rubia cambiaron una mirada. Ella eludió el tema haciendo una pregunta sobre otra cuestión:

—¿Es cierto que el niño a quién debo cuidar y educar está... está ciego?

—Así es, señorita —suspiró el chambelán tristemente—. Su

padre, el Gran Duque, tiene la peregrina idea de que puede conseguir la visión porque así lo ha soñado repetidas veces y espera un milagro. Personalmente, lamento no ser tan optimista como él. El niño nació ciego, lo cual le ha hecho ser un amargado, cruel y vengativo, cuya diversión favorita es vaciar los ojos a los pajarillos, las ranas y cuánto animal caiga en sus manos.

—Qué horrible —se estremeció la joven—. Creo que va a ser una tarea muy dura educar a un niño semejante.

—Muy dura —asintió el palaciego con gravedad—. ¿Cree que está capacitada para afrontarla, señorita Braumer? Varias *nurses* fracasaron ya en el empeño...

—Soy muy obstinada, señor Hoffman —aseguró ella—. Haré lo imposible por salirme con la mía y hacer de ese niño una persona sensible y educada, sin odio a los demás.

—Si logra algo así, eso sí que sería un verdadero milagro, créame.

Permanecieron en silencio unos minutos, mientras el carruaje remontaba con dificultad las empinadas callejuelas de empedrado tosco, hasta llegar a la puerta principal del palacio, por la que penetró en su patio amplio y nevado. Una guardia cuyo uniforme le recordó de inmediato a Frank el del brigadier Krugg, protegía los accesos al palacio enarbolando sus alabardas. El chambelán les condujo entre los vistosos soldados, en dirección a las estancias ducales.

Frank iba mirando en derredor. El palacio era un auténtico ejemplo de la arquitectura de otros tiempos feudales, aunque numerosos tapices, cortinajes y alfombras prestaban al recinto cierto aire más acogedor y confortable, que la desnuda piedra de sus muros y suelos enfriaba de vez en cuando.

Pasaron frente a una puerta tras la cual se veían luces de velones. El chambelán explicó, al captar la curiosa mirada de ambos:

—Es la cámara ardiente donde reposan los dos extranjeros. Mañana será el entierro. Al parecer son personas que carecen de familia que pueda reclamar sus cadáveres.

Siguieron adelante. Una escalinata les condujo a las estancias ducales propiamente dichas, guardadas por dos oficiales de la guardia palaciega. Al pie de la misma les aguardaba un hombre de

ropas negras, faz muy pálida y afilada y ojos entornados, fríos y oscuros. Se inclinó ante ambos, cortés.

—Soy Kurt Muller, secretario personal del Gran Duque —se presentó—. Sean bienvenidos a palacio, señorita Braumer y doctor Shelley. El Gran Duque les espera. Lamento informarles que ha sufrido una recaída y deberá recibirles en su lecho.

Entraron a una antecámara donde una joven vestida de gris y con delantal y cofia blancos aguardaba asimismo, sentada en una butaca de tapizado rojo. Alzó la mirada al verles entrar y se quedó mirando fijamente a Frank con cierta simpatía. Éste examinó a la joven de cabellos rojos y ojos pardos con curiosidad casi profesional.

—Buenos días —saludó—. O mucho me equivoco, o es usted la enfermera del Gran Duque.

—La misma —sonrió ella—. Me llamo Iona Werner. Imagino que usted es el doctor Shelley, de Londres.

—Así es. La profesión nos hace identificarnos mutuamente, sin duda. ¿Cómo está el Gran Duque?

—Como siempre. Bastante mal —suspiró la joven enfermera—. Sufre recaídas cuando padece sobresaltos y preocupaciones. Su corazón está algo débil, a causa de la dolencia que mina su salud.

—Y que, según el anuncio que publicó en Londres, tiene difícil curación.

—Así es. Aquí se la conoce como el «mal de Gruber», porque el general Fritz Gruber, del Ejército del Gran Ducado, la trajo consigo tras una breve campaña contra nuestros vecinos eslavos en la guerra de mil ochocientos setenta. Al parecer, es un virus muy complejo que crea un cuadro clínico bastante serio. Eso ya lo verá usted mismo, doctor.

—Me temo no ser demasiado experto en ese «mal de Gruber» —confesó Frank—. Pero imagino que estudiando el proceso y los síntomas llegue a alguna conclusión definitiva, señorita Werner. En todo ello, naturalmente, me será usted de mucha ayuda.

—Ojalá pueda serlo, doctor. A veces me pregunto si estoy aquí simplemente como enfermera personal del Gran Duque, o también de nodriza de su hijo Alexis.

—Ésa será mi tarea desde ahora, señorita Werner —terció suavemente Sonia Braumer—. Soy la nueva institutriz del pequeño.

—Pues créame que la compadezco —suspiró la enfermera, mientras el secretario Muller la miraba con expresión de frío reproche—. Ese niño es el propio demonio.

—Trataremos de exorcizarle, en tal caso —sonrió la austríaca dulcemente—. He tenido criaturas difíciles en otros lugares, espero que ésta no sea mucho peor.

—Ya basta, señores, de charla —cortó secamente el secretario—. El Gran Duque les recibirá a ambos de inmediato. Síganme, por favor. Puede entrar usted también, señorita Werner. El Gran Duque necesita su medicina del mediodía.

Ella asintió, entrando tras de Sonia Braumer. Frank la dejó pasar ante él, galantemente, penetrando el último en la estancia ducal.

El Gran Duque reposaba su recia humanidad en un lecho con dosel, cubierto por colchas de seda adamascada, y vestido con sábanas de pura seda deslumbrante. Sobre la mesilla, junto a sus medicamentos, reposaba sobre un soporte de madera en forma de cabeza humana, una peluca canosa, de rizos, que sin duda cubría su cabeza medio calva cuando permanecía de pie.

Hechas las presentaciones, el Gran Duque estrechó entre sus rudas manos las de Frank Shelley, realmente esperanzado y hasta jovial.

—Mi querido doctor, espero que usted logre superar a los matasanos de mi ducado, y descubra la verdadera naturaleza de este mal que me atormenta desde hace años. Hasta ahora, no han sido capaces más que de llenarme de potingues asquerosos que no me mejoran lo más mínimo de mis dolencias.

—Cálmese, señor —le aconsejó suavemente Frank—. No le prometo milagros, pero sí una dedicación absoluta a su caso. Si existe solución, daremos con ella, estoy seguro.

Examinó los medicamentos alineados en la mesilla, mientras la enfermera le hacía ingerir una cucharada de algo, y el Gran Duque, a regañadientes, aceptaba la medicación sin dejar de hablar con la nueva *nurse* de su hijo, a quién informó de repente, para sorpresa del propio Shelley:

—Tengo buenas noticias para usted, señorita Braumer. Viene aquí sabedora de antemano de que deberá atender a un niño díscolo, cruel, malcriado... y ciego. Pues bien, el presentido milagro con que siempre estoy soñando, parece a punto de ser realidad. El

niño sufrió una caída y hemos vendado su cabeza y sus ojos a causa de las heridas sufridas, y ha asegurado ver luz a través de las vendas. Creo que en sus ojos algo ha reaccionado al golpe, y está a punto de ver. Pasado mañana, cuando le despojemos de los vendajes, es posible que nos encontremos con el prodigio completo.

—¿Asegura usted, señor, que su hijo ciego de nacimiento ha podido ver la luz por primera ocasión, justo tras una caída? —terció el doctor Shelley, sorprendido.

El Gran Duque le miró. También el secretario Muller, con ojos estrechos y fríos.

—Así es, doctor —afirmó el señor de Morgenstein—. El niño no puede equivocarse. Jamás llegó a vislumbrar ni un débil rayo de luz, ni una sombra.

—Admirable —confesó Frank—. Si ese milagro se produce, estoy seguro de que podré sanarle a usted de su dolencia. Este país debe de ser algo mágico, señor.

La reticencia en el tono del joven médico pareció molestar al Gran Duque, que arrugó el ceño, molesto. Pero Frank, rápido, le calmó con una medida grata para el paciente.

—Todo esto dejará de tomarlo —dijo, apartando tres frascos de jarabes y tabletas de la mesilla—. Son simples variaciones de una misma medicación, y lo único que hacen es saturarle de ciertos fármacos depresivos que en nada le benefician.

Tiró todo ello a una escupidera de porcelana. El Gran Duque palmeó feliz.

—¡Bravo, doctor! —aprobó—. Empieza a gustarme usted, ciertamente. Esto es lo mejor que podía ocurrirme. ¿Ha visto, enfermera? Esos matasanos de Blandstadt me estaban envenenando en vez de intentar curarme, malditos sean todos.

—Ya me imaginaba algo así, pero yo no soy quién para tomar decisiones de este tipo, señor —admitió la joven enfermera sonriente—. Creo que va a estar en muy buenas manos desde hoy, señor.

—Pienso igual, enfermera —asintió el Gran Duque—. Ahora, por favor, déjenme los dos. Luego hablaremos el doctor y yo. Antes de nada, debo conversar largo y tendido con la señorita Braumer, en cuyas manos voy a poner la futura educación de mi hijo.

Salieron de la estancia, junto con el secretario de Vladimiro de

Morgenstein. El enlutado individuo se despidió cortésmente de ellos, tras indicarle a Frank que el chambelán Hoffman le aguardaba en el comedor para el almuerzo y mostrarle posteriormente su alojamiento.

Ambos caminaron por el corredor que les indicara Muller, sin demasiadas prisas.

—De modo que usted ya intuía que eran demasiados medicamentos.

—Así es. Está muy decaído por culpa de ellos. Y la fiebre no remite.

—Cuénteme sus síntomas habituales, se lo ruego.

—Bueno, son depresiones frecuentes, estado febril, pérdida de apetito, espasmos en ocasiones... Su sueño es inquieto y suda bastante. En ocasiones, cuando le da la crisis, sufre accesos de furia mezclados con una temperatura muy elevada, para luego caer en una especie de trance o aletargamiento.

—Difícil cuadro clínico —comentó Frank pensativo.

—En efecto, doctor. Difícil y complicado. Todos cuantos han padecido los mismos síntomas, no sobrepasaron los siete u ocho años de vida. Ya hace casi seis que el Gran Duque padece ese mal. De ahí sus temores.

—Tendremos que trabajar deprisa, señorita Werner.

—Muy deprisa, sí —se detuvo ella en un cruce de corredores—. Bien, yo le dejo. Debe almorzar, cosa que yo hice ya. Nos veremos más tarde, doctor.

—Desde luego. Gracias por todo.

Se separaron. Shelley caminó hacia el fondo, donde se veían grandes ventanales dejando entrar la luz del día al comedor. Un mayordomo esperaba en pie ante la mesa servida para dos. Frank se paró en seco. Miró a su derecha.

Allí estaba la luz de los velones, tras una cortina a medio correr. La cámara ardiente de los dos fallecidos extranjeros. Una curiosidad invencible le picoteó.

Avanzó hacia la puerta. El aire olía a sebo caliente. Y a muerte. Se detuvo en el umbral, contemplando los dos féretros paralelos, flanqueados por cuatro velones ardiendo. La atmósfera de la cámara estaba cargada y densa. Frank vaciló. Luego dio unos pasos y se acercó a los dos ataúdes abiertos.

Lanzó una sorda imprecación al reconocer los lívidos rostros color cera, de labios apretados. Retrocedió, dominado por la sorpresa y el desconcierto.

Eran ellos. Los dos hombres del parador de caminos. Los de la extraña sombrerera negra que hacía gruñir al perro del mesón.

Los que negaron tener nada que ver con cierto botón de plata...

Se inclinó sobre el hombre de la barbita canosa, el mismo que dialogara con él la noche antes en el figón. Examinó con mirada crítica la línea prieta de sus labios sin color en el rostro de tono céreo. Creyó advertir una leve espuma seca en ellos.

Olfateó el aire. Era difícil dejar de percibir el fuerte hedor a cera caliente, a humo de velones. Tuvo que casi rozar la faz helada del cadáver con su propia nariz para aspirar otro aroma más sutil e inquietante.

—Almendras amargas... —susurró, incorporándose con lentitud. Su frente se cubrió de surcos profundos—. *Cianuro*... Estos hombres... han sido envenenados.

—¿Qué hace ahí, doctor?

Se sobresaltó, pero logró dominarse. Giró la cabeza, procurando no reflejar emoción alguna en su rostro. Se encaró con la lívida faz del secretario del Gran Duque, cuya tez nada tenía que envidiar en color a la de los dos difuntos.

—No pude evitar entrar aquí —dijo calmoso—. Deformación profesional, supongo. Pobre gente. No morirían del «mal de Gruber»...

—No, claro que no, doctor —cortó secamente el secretario—. Fue una muerte fulminante. Tal vez una dolencia epidémica que afecta al corazón, no sé. El médico oficial del Ducado certificó fallecimiento por paro cardíaco súbito.

—Ya. Y ambos a la vez. Curiosa dolencia la suya... —comentó Frank en voz alta, saliendo de la cámara ardiente y pasando junto al secretario sin añadir más. Los ojos de Muller le siguieron, fríos e inquisitivos, pero tampoco el secretario pronunció palabra.

El primer día en Blandstadt transcurrió sin apenas novedades. El Gran Duque proseguía en cama, Frank Shelley le hizo un examen previo bastante superficial y tomó nota de su temperatura y otros datos elementales, examinando luego el historial de varios otros casos del mismo mal que habían sufrido ciudadanos del ducado ya fallecidos.

Se le indicó dónde podía disponer de un pequeño laboratorio para análisis, dentro del mismo palacio y perteneciente al anterior médico del Gran Duque, despedido por su ineficacia. Allí empezó Frank a analizar muestras que pudieran conducirle a la identificación y aislamiento del mal desconocido.

Al siguiente día, muy de mañana fueron sepultados los dos extranjeros difuntos, de quienes nadie parecía saber siquiera su nombre u origen, ya que carecían de documentación, según les informó el propio Duque, aunque se habían presentado en palacio como prusianos que necesitaban ver con gran urgencia al Gran Duque por motivos políticos.

Con el entierro de los fallecidos, parecía cerrarse un oscuro capítulo sin sentido, pero el hecho no quedaba cerrado para Shelley, ni mucho menos. Su convicción de que había algún tenebroso complot por medio que había provocado la muerte violenta de ambos hombres, iba en aumento. Nadie allí mencionaba su curiosa valija de la noche en que les viera viajar con tanta prisa hacia Blandstadt, ni el misterio del botón de plata con el escudo de la baronía de Burmeister quedaba aclarado con aquellas muertes tan repentinas como inexplicables clínicamente.

Lamentaba no haberles podido hacer la autopsia, pero sabía que intentar tal cosa podía provocar las iras del Gran Duque. El hecho de que su enlutado secretario, Kurt Muller, pareciera vigilarle noche y día, contribuía a que Frank no quisiera dar ningún paso en falso

dentro de palacio.

Ese día también transcurrió sin grandes novedades, salvo una mejoría leve del paciente, que se incorporó de la cama, pese a su temperatura algo elevada, para despachar asuntos de Estado. Frank estuvo en el laboratorio, intercambiando información con la joven enfermera Werner, quien también le relató muchos de los atroces hechos y travesuras diabólicas del pequeño Alexis.

—¿Se ha hecho cargo ya de su cuidado la señorita Braumer? —indagó Frank tras escuchar aquellas tremendas revelaciones del carácter odioso del niño.

—Creo que sí, pero el pequeño no quiere ni oír hablar de una institutriz que le vigile y controle día y noche. Va a tener un caso difícil con él.

—Eso, seguro. ¿Qué sabe de su presunto milagro visual, señorita Werner?

—Nada. Sólo le he visto en una ocasión en estos días, y sigue vendado todo su cráneo y parte del rostro. No sé si esa supuesta curación se reduce a una alucinación del gran Duque o a un verdadero prodigio.

—Yo nunca he creído en los milagros. Pero si eso sucede, habría que pensar en ello. Ni siquiera la Medicina ha logrado devolver la vista a un ciego.

—Tendremos la respuesta esta misma noche. Su padre ha decidido que, antes de dormir, se le quiten los vendajes para ver qué sucede.

—No parece sino que el Gran Duque esperase ese milagro a hora fija —señaló el joven médico irónicamente.

—Es posible que en sus sueños haya intuido algo parecido. Presta demasiada credulidad a esos sueños. Más que de médicos, debería rodearse de alquimistas y brujos.

—Quizá, pero no me ha parecido un hombre demasiado crédulo más que en el caso de la ceguera de su hijo. Yo diría que es una persona tremendamente práctica, capaz de todo con tal de conseguir lo que se propone.

—Y a veces extremadamente cruel e implacable —suspiró la enfermera—. He visto ejecutar en la plaza pública a personas cuyos delitos no eran merecedores del tal castigo, sin que su rostro se inmutara lo más mínimo. Le gusta gobernar férreamente a su

pueblo e imponer fuertes castigos para que no abunde la delincuencia.

—Estaba seguro de eso —asintió Shelley—. Como imagino que no dudaría en deshacerse de un enemigo si éste significara algún peligro para él o para su hijo Alexis.

Iona le miró pensativa. Pareció que iba a preguntar algo, pero optó por callar. Frank Shelley examinó unas muestras de la sangre del Gran Duque al microscopio y meneó la cabeza de un lado a otro.

—¿Algo nuevo, doctor? —se interesó la joven.

—No sé aún. Pero juraría que el origen de ese mal está en la sangre. Tal vez un microbio de naturaleza desconocida... Seguiré investigando por ese lado.

Aquella noche, durante la cena que presidió el propio Gran Duque Vladimiro, éste anunció solemnemente sus intenciones a los comensales, que no eran otros que el propio doctor Shelley, la enfermera Werner, la institutriz Braumer, ya libre tras acostar al pequeño Alexis en su alcoba, y el secretario del señor de Morgenstein, Kurt Muller:

—Quiero que estén todos ustedes presentes en el momento de quitar las vendas a mi hijo esta noche, a las doce en punto. En esa hora mágica en que todo parece posible, algo me dice que los ojos de mi pequeño y amado Alexis se abrirán a la luz de una vez por todas... Deseo que todos presencien el prodigio que mi mente presagia.

Los presentes se miraron entre sí, asintiendo. Frank buscó en la faz ancha y rojiza del Gran Duque la huella de alguna fanática convicción en lo religioso, lo sobrenatural o lo fantástico.

No la encontró. Aunque aquel hombre hablaba de prodigios de cariz mágico, nada en él revelaba fe en lo desconocido. Más bien parecía un ser muy seguro de lo que decía presentir. Demasiado seguro, a juicio del sorprendido Frank.

El momento supremo había llegado.

El reloj de carillón del corredor desgranó doce lentas, musicales campanadas. La medianoche. La hora mágica, que dijera Vladimiro de Morgenstein.

Y todos allí, rodeando al pequeño Alexis, dormido en su lujoso lecho. Todos a punto de descubrir la verdad definitiva tras aquellos vendajes prietamente sujetos a la cabecita infantil de rizos

abundantes.

—Todo está a punto, señor —dijo el fiel Muller, elevando en intensidad la llama de varias lámparas de gas diseminadas en torno a la cama infantil. La luz rosada de las pantallas de vidrio tallado se extendió uniforme por la estancia. El Gran Duque encendió a su vez una lámpara portátil de petróleo, con pantalla espejeante de bruñido metal niquelado, que proyectó un resplandor crudo sobre el dormido rostro del infante.

—Ahora —jadeó el señor de Morgenstein con tono casi reverencial, dejando la lámpara sobre la mesilla, desparramando crudamente su claridad contra la faz del niño—. Vamos allá, señores... Al niño se le ha suministrado láudano para que no despierte hasta haber sido despojado de las vendas, y una vez haya podido usted, doctor Shelley, examinar sus ojos. Posteriormente, esperaremos a que mi hijo diga si ve o no cuanto le rodea...

Frank asintió, ceñudo, considerándose como el personaje de una ridícula farsa. Había mucho de teatral y efectista en aquella escena. Algo así como si realmente todo esto hubiera sido previamente ensayado para su mayor eficacia. Pero si el centro de todo era un niño ciego que se pretendía cobrara el don de la visión por medios virtualmente mágicos y sobrenaturales, ¿a qué venía tanto preparativo y cálculo? ¿Cómo podía estar tan seguro el Gran Duque de que su hijo sería objeto del tal prodigio?

Lentamente, las manos de la enfermera comenzaron a desprender las vendas de la cabeza. Iona Werner parecía tan impresionada como todos los demás.

Los párpados del niño quedaron al descubierto. Cerrados en su sueño. Frank escudriñó las señales y costuras de sus sienes y párpados. El Gran Duque lo observó. Su comentario fue escueto:

—Pobre niño mío... Los doctores tuvieron que coser sus heridas y cortes.

Frank no dijo nada. Ciertamente era visible la mano de un cirujano en aquellas cicatrices recientes. Pero las de un cirujano delicado y muy experto. Rara vez había visto él tal perfección y pulcritud, ni siquiera en los quirófanos del

Bart's,

allá en Londres.

—Ahora, doctor —pidió Vladimiro de Morgenstein, cuando cayó

el último vendaje de la cabeza infantil, suavemente desprendido por los dedos de la joven enfermera. Proceda, se lo ruego. Examine sus ojos...

Frank tragó saliva. Se inclinó sobre el niño, tomó uno de sus párpados y lo alzó con lentitud y cuidado, acercando una luz al mismo.

Examinó atentamente la pupila. Arrugó el ceño, vacilante. Volvió a examinarla, aún con más detenimiento. Luego pasó al otro ojo. La luz invadió el globo ocular intensamente. El médico permaneció unos instantes absorto en su contemplación. Nadie hablaba, nadie se movía. El silencio era tal, que incluso el roce de los dedos de Frank Shelley sobre la piel del párpado infantil produjo un leve rumor. Se volvió después muy lentamente hacia los demás. Tenía la faz tensa, los ojos brillantes.

—Juraría que esos ojos son perfectamente normales. Ese niño, o mucho me equivoco, o goza de perfecta visión, señor.

El Gran Duque se estremeció, muy pálido, humedeciendo sus labios y tragando saliva.

—Dios bendito —susurró—. El milagro se ha producido...

—¿De qué color son los ojos de su hijo, señor?

La pregunta repentina de Frank sorprendió y sobresaltó al señor de Morgenstein, que irguió su cabeza, inquieto.

—Azules... creo —jadeó, incómodo, nada seguro de sí.

—Pues el milagro es doble en tal caso —dijo el joven inglés con sequedad—. Ahora tiene los ojos grises. De un color gris plomo, Gran Duque. Unos ojos que tengo la impresión de haber visto antes de ahora...

La sorpresa dejó sin habla a Vladimiro de Morgenstein. La enfermera Werner y la *nurse* Braumer cambiaron una mirada de perplejidad para contemplar luego a Shelley con desconcierto. La expresión del médico era fría, hermética. Kurt Muller había endurecido su gesto y clavaba unos ojos glaciales en el joven doctor llegado de Londres.

—¿Qué quiere decir con eso, doctor Shelley? —La pregunta del Gran Duque era chirriante, expresada en tono ácido.

—Nada, señor —suspiró el médico—. El color de los ojos del niño me despertó algún dormido recuerdo, eso es todo.

—Tal vez nunca miré demasiado bien los ojos ciegos de mi hijo

—expuso el gobernante con cierta aspereza—. Puede que hayan sido siempre grises, claro está. Pero de todos modos, si al despertar confirma lo que usted ha dicho, doctor... el milagro será un hecho cierto, tal y como yo presentía durante tanto tiempo.

—Sin duda alguna —manifestó brevemente Frank, encaminándose a la salida—. Ahora ya no me necesita aquí por el momento, señor. Creo que me retiraré a dormir, estoy bastante cansado.

Y con una seca inclinación de cabeza, abandonó la alcoba del pequeño Alexis, dejando en ella a todos los demás. Sin embargo, una persona se apresuró a seguirle de inmediato. Era la *nurse* del pequeño, Sonia Braumer. Caminó a su lado por el largo corredor en cuyos rincones sombríos brillaba el bruñido metal de viejas armaduras.

—Sus palabras parecen no haber gustado demasiado al Gran Duque, doctor —comentó la rubia muchacha con tono suave—. ¿Qué le ocurre? ¿Por qué se expresó usted de ese modo?

—Esos ojos infantiles me trajeron un ingrato recuerdo, eso es todo.

—¿Cree realmente que el niño ve? Mucha gente aquí me ha jurado que siempre fue ciego...

—Pues, clínicamente, sus ojos son perfectos ahora. Tiene que ver forzosamente, como cualquiera de nosotros.

Caminaron un trecho en silencio. Un reloj de alguna torre de Blandstadt, allá afuera, en la ciudad nevada, emitió un larga, lenta campanada.

—¿Qué es lo que ha recordado, exactamente? —se interesó la joven *nurse*—. Al verle me pareció que había contemplado usted a un fantasma.

—Un fantasma... Sí, así podríamos llamarlo, señorita Braumer —se paró de repente y clavó sus ojos en las pupilas claras y limpias de la joven—. ¿Recuerda aquel ahorcado que vimos en el camino real, al detenerse la diligencia?

—Sí —ella pestañeó, con un leve estremecimiento agitando su cuerpo esbelto y atractivo—. ¿Qué tiene eso que ver con lo que ocurre aquí, doctor?

—Es muy simple: los ojos de ese niño son *idénticos* a los ojos del ahorcado, señorita Braumer.

—Dios mío... —Ella palideció intensamente—. No puede ser... Lo habrá imaginado.

—Es posible. He soñado a veces con aquellos ojos. Puede que esté impresionado.

—Si no fuera así... si esos ojos fuesen, realmente, iguales a los de aquel desgraciado colgado de la horca... ¿qué explicación podría darle al hecho?

Frank Shelley eligió cuidadosamente las palabras antes de responder a la *nurse* con serena entonación:

—En ese caso, aunque suene a imposible... tendría que sospechar que no hay tal milagro, o que estamos solamente ante un prodigio quirúrgico sin precedentes en la historia de la Humanidad. Es decir, que alguien habría trasplantado los ojos del ahorcado a las órbitas vacías de ese niño...

En aquel momento, un agudo grito infantil llegó de la distancia, resonando con ecos estridentes en los muros del viejo castillo ducal:

—¡Veo, veo! ¡Padre mío, puedo ver! ¡Os veo a todos, veo la luz, veo vuestros rostros, toda esta habitación! ¡Ya no estoy ciego, ya no estoy ciego...!

Ella apretó los labios, trémula. Frank Shelley movió la cabeza.

—Ya lo ve —dijo—. El milagro se ha hecho.

—Perdone —respondió Sonia Braumer dando media vuelta—. Mi lugar está ahora junto a ese niño. Buenas noches, doctor.

Se alejó por el pasillo, grácil y presurosa. Frank se frotó la mandíbula con expresión sombría. Siguió adelante hacia su aposento.

Desde las sombras del corredor palaciego, los grises ojos plomizos del ahorcado parecían contemplarle desde el más allá, tal y como viera poco antes a los del pequeño Alexis de Morgenstein.

—Desde que tiene capacidad visual, Alexis es todavía más cruel, despótico y autoritario.

Frank elevó la mirada, dejando de hacer ensayos en el laboratorio sobre el suero que estaba intentando encontrar para tratar la dolencia del Gran Duque.

—¿Por qué dice eso, señorita Werner?

La enfermera del señor de Morgenstein suspiró, acercándose al médico por entre las mesas y bancos del pequeño laboratorio instalado en el palacio ducal. Su gesto era preocupado.

—Acabo de oír exponer sus quejas ante el propio Gran Duque. Esa muchacha, Sonia Braumer, está muy molesta. El niño es cada vez más caprichoso e insoportable. Sus travesuras son horrendas. Ahora no sólo gusta de vaciar los ojos a pajarillos o animalitos indefensos, sino que insulta a la servidumbre y azota cuántos perros y gatos encuentra a su paso. Es un ser sin piedad ni sentimientos.

—Ya. ¿Y qué ha dicho su padre a todo eso?

—Nada. Sólo ve por los ojos de su hijo... y perdone si uso esa expresión tan poco adecuada en este caso. Ha despedido con cajas destempladas a la *nurse*, diciéndole que su tarea es educarle y quitarle esas inclinaciones, pero con cariño y persuasión, sin castigos ni dureza. He encontrado llorando a esa pobre chica en el corredor, a lágrima viva.

—Vaya, eso prueba que incluso la señorita Braumer tiene más de humano de lo que aparenta —sonrió Shelley de buen humor—. Había llegado a pensar que nada ni nadie podría conmover a esa valerosa jovencita.

—Sí, es una mujer muy entera y decidida —convino la enfermera Werner con tono pensativo. Miró luego a Frank abiertamente y le disparó una pregunta inesperada—: ¿Está usted enamorado de ella, doctor?

—Cielos, ¿yo? —Frank levantó la cabeza de sus retortas y tubos de ensayo—. ¿Enamorado de Sonia Braumer? ¿Quién le ha metido esa idea en la cabeza?

—No lo sé. Supongo que es intuición femenina. Al menos, ella muestra mucho interés por usted, de eso sí estoy bien segura. Las mujeres nos fijamos mucho en detalles de ese tipo.

—Le aseguro que, por mi parte, sólo existe una buena amistad, como pueda haberla con usted —la miraba con fijeza, y la joven Iona Werner enrojeció sin aparente motivo para ello—. Fuimos compañeros de viaje y ése fue el inicio de tal amistad. Creo que todo se reduce a eso.

—He sido una tonta en hacerle esa pregunta, doctor. Después de todo, a mí no me importa en absoluto lo que puedan sentir el uno por el otro. ¿Cómo va el trabajo?

—No del todo bien. El fármaco se resiste. No sé aún la clase de dolencia que realmente afecta al Gran Duque. Pero es posible que termine por encontrar el remedio.

—Hoy parece bastante contento, lo cual prueba que se encuentra bien. Incluso le he visto pasear por los jardines, pese a la nieve, en compañía de Greta Stein.

—¿Greta Stein? —preguntó Shelley—. ¿Quién es?

—¿Cómo, aún no la conoce? Es una bella cortesana de Blandstadt. Y amante del Gran Duque.

—Oh, comprendo. No sabía que existiera un romance amoroso en palacio... —rió entre dientes.

—Data de hace años. Creo que en vida de la madre de Alexis ya tenía relaciones íntimas con Greta Stein. Es una mujer de gran hermosura y atractivo, aunque para mi gusto algo... algo llamativa, demasiado agresiva. Sabe que puede volver locos a los hombres y alardea de ello. Nunca me gustaron esa clase de mujeres.

—Vaya, pues a mí sí —comentó frívolamente el médico—. Será cuestión de conocer a tan sugestiva dama.

—Todos los hombres son iguales —sentenció la enfermera de mal humor, iniciando la retirada del laboratorio—. Debo volver junto al Gran Duque, tiene que tomar ahora el medicamento de la tarde. Suerte en sus investigaciones, doctor.

—Falta va a hacerme, se lo aseguro —confesó el joven inglés con un suspiro, reanudando su tarea.

Aquella misma noche tuvo ocasión de conocer a Greta Stein durante la cena, y comprendió los sentimientos de Iona Werner hacia ella. La cortesana era de esa clase de mujeres que despiertan de inmediato la envidia y la hostilidad de las demás hembras. Alta, arrogante, de espléndidos senos casi totalmente al desnudo en su amplio escote, belleza insultante, plena de sensualidad desde el brillo opaco de sus ojos oscuros hasta la carnosidad grana de sus labios, su figura era una mareante sinfonía de curvas bajo el suntuoso vestido de seda verde esmeralda con encajes ocre.

La negra melena estaba peinada de forma sofisticada para realzar sus encantos naturales.

—Es un placer conocerle, doctor Shelley —dijo en perfecto inglés cuando él besó cortésmente su blanca mano enjoyada. Y los oscuros ojos taladraron al joven médico de forma ardiente—. Los anteriores doctores que desfilaron por este palacio eran todos demasiado viejos y faltos de atractivo. Resulta vivificador ver a un médico joven y guapo.

El Gran Duque pareció inicialmente molesto con ese comentario de la bella cortesana, pero luego la conversación se animó durante la cena, y pareció olvidar lo que dijera su amante.

Aquella noche, el pequeño Alexis formó parte de los comensales. La visión de sus ojos grises provocaba una inevitable sensación de desasosiego en Frank cada vez que se encaraba con ellos. Las cicatrices de alrededor de los párpados cada vez le parecían más propias de un experto cirujano que de un médico cualquiera.

Inevitablemente, el niño hizo una escena, tirando una copa y rompiendo en insultos contra su *nurse* y contra la propia Greta Stein cuando le reprendieron por un capricho. El padre apoyó a su hijo, aunque dispuso que se retirase a descansar.

—Hizo mal en ponerse de su lado —apuntó Shelley en este punto—. El niño necesita mano dura, señor. Está demasiado malcriado.

—No se meta en esto, doctor —cortó ásperamente Vladimiro de Morgenstein—. Mi hijo es cosa mía. Y si la señorita Braumer no sabe educarle mejor, puede solicitar su marcha de este lugar cuando lo desee. No toleraré que a mi pequeño le dañe nadie.

—Eres tú quien le está haciendo daño con tanto consentimiento, Vladimiro —le reprochó ahora Greta Stein vivamente—. El doctor

te ha dicho algo muy sensato.

—¡Al diablo todos! —Gruñó el Gran Duque, dando tal puñetazo en la mesa que hizo temblar copas, platos y vajilla sobre la misma—. No se hable más del asunto. Aquí se hace lo que yo digo, y basta.

E incorporándose con brusquedad, abandonó el comedor. Era la primera señal de violento malhumor que Frank advertía en su paciente. Las mujeres se miraron todas entre sí, cohibidas. Kurt Muller se puso de inmediato también en pie, con fría sonrisa, y se disculpó, siguiendo a su patrón.

—Perdónelo —suspiró la cortesana, incorporándose asimismo con desgana—. Vladimiro es a veces bastante violento. Quiere demasiado a su hijo y por otro lado le disgusta que censuren su actitud. No tolera objeciones, él es así. Doctor, espero que podamos charlar más ampliamente en otra ocasión. Me encantaría hacerlo, se lo aseguro.

La cena se había arruinado definitivamente. Todos salieron del comedor, mientras el chambelán Hoffman ordenaba la recogida de vajillas. La *nurse* fue con Alexis, la enfermera hacia los aposentos del Gran Duque, y Frank optó por volver al laboratorio para trabajar un par de horas al menos en su investigación del suero que pudiese significar un primer paso en la curación del «mal de Gruber».

Pero el trabajo se le prolongó durante más de tres horas. Al término de ellas, en mangas de camisa, sudoroso y excitado, se incorporó haciendo rápidas anotaciones en un cuaderno y apartando dos productos en sendos frascos tapados.

—Creo que estoy a punto de conseguirlo —murmuró—. Las bacterias tratadas con esa solución, han desaparecido totalmente de la sangre y los tejidos...

Se lavó para despejarse un poco, tomó su levita y salió del recinto, cerrando con llave y encaminándose a sus aposentos a través de los amplios y desiertos corredores del palacio.

A aquella hora de la noche, mientras afuera helaba, tras unos días continuados de nevadas, los pasillos y estancias daban la impresión de estar poblados de fantasmas etéreos y de sombras furtivas y siniestras que siguieran malignamente los pasos de cada uno de los que se aventuraban por el viejo castillo ducal. Pero Frank

Shelley no temía a esos fantasmas inexistentes, sino a otros más ciertos aunque tan poco concretos como aquéllos.

Cuando dejó atrás la que fuera cámara ardiente de los dos prusianos anónimos, su mente volvió a examinar una serie de extraños y oscuros acontecimientos. Los dos viajeros, el botón de plata del ahorcado, su rara muerte simultánea en palacio, los ojos grises de un niño que antes tuvo ojos azules y que, de ser ciego de nacimiento, pasó a ver cómo cualquier otra persona... Unas cicatrices perfectas junto a los párpados, como señal de una operación considerada imposible por la ciencia médica...

—Dios, presiento que algo horrible se esconde en todo esto —se dijo a sí mismo el médico, sin dejar de andar por los corredores, donde sus pasos resonaban huecamente—. Pero ¿qué es ello? ¿Qué está ocurriendo aquí realmente?

Dio vuelta a un recodo el largo corredor que conducía a sus habitaciones, no muy lejos de aquellas reservadas al hijo del Gran Duque. Apartó un pesado cortinaje y siguió adelante, pasando junto a la rígida figura metálica de una armadura en pie.

Y, de repente, la fría luz lunar que penetraba por un balcón abierto, a la gélida panorámica de la ciudad cubierta de nieve cristalizada, le reveló el horror.

Un grito ronco, desgarrado, brotó de la garganta de Frank Shelley.

La escena era espantosa. Por unos instantes, el joven médico apenas si pudo dar crédito a sus ojos desorbitados.

Pero no había duda. Era real y bien real, no producto de su imaginación.

Allí reposaba un hombre, encogido contra la pared, como sentado en el suelo, junto a otra armadura. Era el chambelán de palacio, Hans Hoffman, el hombre que fuera a recibirles a la parada de postas a su llegada a Blandstadt. Bajo su cabello canoso, el rostro era una horrenda máscara de angustia y dolor. Pero lo más terrible eran sus ojos.

Se los habían vaciado.

Las cuencas estaban ensangrentadas, los globos oculares rotos, chorreando sangre oscura, coagulada sobre las mejillas. Dos tremendas heridas habían dejado sus órbitas vacías, como en un siniestro remedo del sacrificio mítico de Edipo.

Más abajo, era visible su cuello, segado de oreja a oreja por un arma afilada, en un tremendo y profundo tajo que había bañado en sangre las ropas del infortunado palaciego.

Por el suelo, regueros y salpicaduras de sangre se dirigían hacia un punto concreto del palacio: las estancias del pequeño Alexis, el hijo del Gran Duque...

Frank no necesitaba examinar aquel cuerpo para diagnosticar su muerte. Era obvio que al hombre asesinado le habían reventado los ojos después de degollarlo mortalmente y sin remedio.

Como hipnotizado, avanzó hacia el cadáver. Lo examinó de cerca, comprobando lo terrible de aquella herida fatal en el cuello, así como la sádica crueldad que significaba el vaciado de sus ojos.

Recordó ciertas palabras pronunciadas poco antes en su presencia: «... No sólo gusta de vaciar los ojos a pajarillos o animalitos indefensos, sino que insulta a la servidumbre, azota a perros y gatos...».

Y luego aquellos ojos...

Ojos color plomo. Ojos como los de un hombre ahorcado en la carretera... ¿Qué habían dicho de aquel personaje los viajeros de la diligencia? Sí, ahora podía recordarlo:

«Estaba loco... su demencia homicida le impulsaba a matar. Siempre fue un ser depravado... Ese hombre era un diablo...».

—Dios mío, no —murmuró roncamente Frank, pasándose una mano fría por el rostro empapado en sudor—. No puede ser posible... No, esos ojos no...

Miró como fascinado los rastros de sangre sobre el pavimento. Se movió mecánicamente, siguiéndolos. A veces se distinguían pisadas sanguinolentas. El asesino había manchado su calzado con la sangre de la víctima, sin duda alguna.

Dobló otro recodo del corredor. Una mano fría y pesada se apoyó en su espalda, rozándole la nuca. Se paró en seco, estremecido, temiendo lo peor. Tal vez el descenso de una hoja de acero, todavía tinta en sangre, sobre el cuello indefenso...

Se volvió casi violentamente, dispuesto a pelear por su vida.

Encontróse cara a cara con el lívido rostro halconado del secretario del Gran Duque, Kurt Muller. Los ojos parecían aún más fríos y crueles ahora, brillando como carbones encendido en medio de la mancha blanquecina de aquella faz malévola.

—¿A dónde va, doctor? —se interesó con voz fría—. Éste no es el camino de su alcoba.

—Lo sé —resopló Frank secamente—. Vea eso. Sigo un rastro de sangre. Alguien ha asesinado al chambelán Hoffman.

—¿Qué? —El secretario del señor de Morgenstein le quitó la mano de encima, mirándole con expresión de sorpresa—. ¿Habla en serio?

—Véalo por sí mismo. Está ahí, tras esa esquina, junto a una armadura. Le han degollado. Y vaciaron sus ojos brutalmente.

El hombre de ropas negras pareció impresionado. Sus ojos recorrieron las manchas sangrientas en el suelo, como si las viera por primera vez. Luego, bruscamente, corrió al lugar señalado. Le oyó lanzar una sorda imprecación.

—¡Vuelva a su alcoba, doctor, pronto! —le exigió, asomando por la esquina del pasillo—. Puede tratarse de un atentado contra el Gran Duque. Tiene enemigos políticos en Europa, dentro y fuera del país. Daré la alarma de inmediato.

Se llevó un silbato a los labios y emitió un prolongado sonido que despertó ecos distantes de pasos apresurados. Frank vaciló, pero inició su retirada prudentemente.

—Yo no creo que ese crimen tenga cariz político, Muller —hizo notar mientras se alejaba—. Harían bien en investigar esas huellas, ver dónde conducen... y quién tiene su calzado manchado de sangre en este palacio...

El secretario no le respondió. Estaba ya atendiendo tan sólo a los guardias armados que acudían a su llamada. Tras una última mirada al cadáver del chambelán y su faz espantosamente desfigurada por el horror de aquella muerte, Frank Shelley se encaminó a sus propias habitaciones en completo silencio.

Era un amanecer sombrío, cargado de tristes presagios.

Volvía a nevar, aunque lentamente, y el frío era muy intenso en las calles de Blandstadt.

Frank Shelley se frotó las manos enguantadas, resopló, y su aliento brotó en forma de denso vaho en la gélida mañana. Caminó calle abajo, sobre la crujiente alfombra de nieve de la callejuela empinada que descendía desde las murallas almenadas del castillo ducal de Morgenstein.

Se sentía relativamente mejor fuera de aquellos tétricos muros que ahora guardaban el secreto de alguna espantosa fuerza asesina hecha terrible realidad la noche anterior. Había sentido una necesidad casi imperiosa de abandonar por unas horas el recinto palaciego aquella mañana, para pasear por la población y visitar sus pintorescos rincones, en un esfuerzo exasperado por olvidar, por no pensar.

Aun así, resultaba difícil. Su mente era una confusión total de pensamientos oscuros y siniestros. Hasta entonces, todo habían sido celos, sensaciones vagas de inquietud, la convicción de que existía una tensión latente en la atmósfera del palacio ducal. Ahora era más, mucho más que eso. Era la seguridad de que el Mal estaba presente en sus suntuosos salones y galerías. La muerte y la sangre eran una triste realidad, no un presagio o un temor.

El Gran Duque había dispuesto medidas especiales de seguridad en torno suyo, investigaciones de cariz político en toda la ciudad, y un total rechazo a cualquier otra posibilidad que sirviera de explicación.

Frank se cruzó con varios soldados armados que recorrían las calles pidiendo documentación a sus habitantes o registrando algunas casas. Le detuvieron también a él y le requirieron la identificación inmediata. Exhibió un salvoconducto especial,

extendido por el Gran Duque a su nombre, y un oficial se apresuró a saludarle militarmente, excusándose y siguiendo su camino con la tropa.

Se adentró en un mercadillo pintoresco que extendía sus tenderetes de venta a lo largo y ancho de una plaza cuadrangular porcheada. Mientras examinaba superficialmente las mercancías expuestas y rechazaba repetidamente las ofertas de sus mercaderes, iba reflexionando sobre todo lo ocurrido la noche antes.

Obviamente, el Gran Duque había quitado importancia a los rastros de sangre que partían del cuerpo del chambelán. Tampoco sabía que se hubieran ocupado de buscar a alguien con los zapatos manchados de sangre. Si habían hecho algo en ese sentido, nada se había dicho de ello en ningún momento.

Se detuvo en una cervecería donde pidió una jarra del dorado y espumoso líquido. Mientras la saboreaba, sus ojos se fijaron en el periódico que un hombre leía sentado a una mesa, mientras fumaba cachazudamente su pipa de brezo. Sabía lo bastante de la lengua alemana como para entender perfectamente el titular que aparecía en una columna de la página:

**El cadáver del Barón de Burmeister,
ahorcado en su baronía tras
un juicio popular, aparece decapitado
al pie de la horca.
Se ignora el paradero de la cabeza
del barón ajusticiado.**

Un escalofrío de horror sacudió a Frank Shelley. Dejó de sentir el menor deseo de saciar su sed con la cerveza. Pagó con rapidez y se fue. Al pasar junto a un vendedor de prensa, adquirió el diario local, leyendo la columna completa de regreso al palacio del Gran Duque.

En el recinto palaciego todo aparecía normal, como si nada hubiera ocurrido. Tan sólo la presencia del cadáver del Hoffman, en la misma cámara ardiente donde viera a su llegada a los dos misteriosos viajeros prusianos, recordaba la horrible tragedia de la noche anterior.

Encontró a Alexis y a su *nurse* en una amplia sala destinada a

juegos. El niño parecía muy absorto con un pequeño teatro de marionetas. Le dirigió apenas una fugaz mirada de indiferencia.

Frank se estremeció al ver el gris plomizo de aquellos ojos infantiles.

—¿Le ocurre algo? —preguntó Sonia Braumer, pálida pero tranquila aquella mañana, sentada a alguna distancia del niño puesto a su cuidado—. Parece usted demudado, doctor Shelley...

—Tengo motivos para estarlo —dijo, tendiéndole el diario—. Lea esto, se lo ruego, señorita Braumer, y dígame lo que piensa.

La *nurse* tomó el periódico de manos de Frank. Apenas leído el texto, elevó sus ojos asustados hacia el joven médico.

Después, no pudo evitar una mirada de soslayo hacia el niño que jugaba.

—Dios mío, no puede ser cierto —susurró—. No, eso no entra en lo posible...

—¿Por qué no? —El tono de Shelley era sombrío—. Se dice que hay médicos que hacen prácticas prohibidas. Roban cadáveres o los compran a ladrones de cementerios, y experimentan con ellos nuevas técnicas de disección y cosas así. Hay quien asegura que el próximo siglo xx puede ser el de los grandes logros de la Medicina y la Cirugía. ¿Por qué no puede haber alguien que se adelante a esos propósitos ahora mismo, quebrantando las leyes humanas y divinas?

Ella musitó:

—Sería demasiado horrible... Los ojos... los ojos de... de un ahorcado... de un feroz asesino, enloquecido y cruel...

—Si estaban sanos, podían servir como los de cualquier otro. Pero ¿quién pudo hacer tal operación y en qué momento? Tendría que tratarse de un genio de la cirugía oftálmica, señorita Braumer...

—¿Cree usted que los ojos de un asesino pueden inculcar ideas homicidas a otra persona? ¿Cabe la posibilidad de que un trasplante de un órgano humano condicione a otra persona de modo semejante a como era el donante?

—No lo sé. Es una materia que desconozco, un terreno prohibido hasta ahora al hombre. Pero todo es posible, sí. Especialmente, si el receptor ya es una persona asequible a esas ideas de crueldad y de odio...

Cuando ella iba a responder, entró en la sala una camarera de

palacio, que se aproximó a Alexis mientras hablaba con Sonia Braumer:

—Lamento interrumpirles, señorita Braumer. El Gran Duque solicita que el niño se reúna con él y con la señora Stein en los jardines...

—Está bien, Ilse, puede llevarlo. Ya terminó su clase y estaba jugando.

La camarera tomó al niño por una mano. En el acto, el muchacho reaccionó violentamente, arrojándole a la cara los muñecos del teatrillo que era su juego en esos momentos.

—¡No quiero! ¡No quiero ir contigo, estúpida! ¡Eres odiosa, Ilse Strauss, y no iré contigo a ninguna parte! ¡Déjame en paz, no me toques! Si lo haces, diré a todos que cuando estás a solas conmigo me tocas y haces que te toque yo los pechos y el cuerpo.

La camarera palideció primero, para enrojecer después intensamente. Una de las marionetas tallada en madera, le había golpeado el labio, hiriéndolo. Un delgado hilillo de sangre brotaba del mismo.

—Yo... Señores, no creerán lo que dice este niño... Juro que es falso... —Trató de justificarse, trémula, confusa, mirando angustiada a Frank y a la institutriz—. Tiene unas ideas horribles, se inventa mentiras monstruosas... Vamos, Alexis, tu padre exige verte ahora mismo...

—¡No iré, no iré! —insistía el niño, furioso, pateando en el suelo—. ¡Te haré sangre si me tocas! ¡Mucha sangre, so zorra! ¡Te sacaré los ojos, maldita seas!

—Ya basta, Alexis —terció en ese punto Sonia Braumer con tono autoritario, dirigiéndose hacia él—. Estás diciendo cosas indignas de un niño de tu edad. Vas a ir con Ilse Strauss, quieras o no. Es una orden de tu padre. Si no obedeces, se lo diré a él y te encerrará.

El niño miró con rencor a su *nurse*, resopló furibundo y masculló, dejándose llevar de mala gana por la camarera de palacio:

—Os odio. ¡Os odio a todas! Algún día os veré con los ojos vaciados, ciegas para siempre, brujas endemoniadas...

Salió de la estancia con la camarera. Sonia y Frank se miraron en silencio.

—Ilse es un poco casquivana —admitió al fin la *nurse*—. No digo que haga lo que el niño dice, pero su modo de hablar y de

obrar es repugnante.

—Usted parece irle dominando, de todos modos —señaló el médico.

—Nunca estoy segura de ello —confesó Sonia Braumer—. Es tan variable, tan difícil de tratar y de entender... Pero es malo, eso sí. ¿Vio sus ojos cuando brotó sangre del labio de esa pobre chica?

—Sí lo vi. Le brillaban con una excitación malvada. Es feliz viendo sangre.

Sonia dominó ostensiblemente un estremecimiento y respiró con fuerza.

—Dios quiera que no sea verdad lo que imaginamos, doctor —susurró después—. Sería demasiado espantoso...

—Sí. Demasiado espantoso —asintió el joven inglés—. Pero desgraciadamente, cada vez temo más que pueda ser realidad. Una horripilante realidad de consecuencias imprevisibles.

Ella afirmó con la cabeza, caminando hacia la salida del salón de juegos.

—Eso me temo, doctor, eso me temo —fue su amargo, preocupado comentario.

El paso de las horas, aquel sombrío día dentro del palacio ducal, resultó lento, casi interminable. El clima dentro de los lujosos corredores y salones se hacía por momentos más denso y agobiante, como si la malignidad que flotaba en él desde que los viajeros de la diligencia llegasen a Blandstadt, se fuera haciendo más y más evidente, mucho más tangible por momentos. Nadie hablaba de la horrible muerte del chambelán Hoffman, pero era obvio que aquel suceso sangriento estaba en todas las mentes, en todas las inquietas y sobrecojidas miradas.

El Gran Duque, empeñado en su idea de una posible conspiración política contra él, repetía con frecuencia su convicción de que posibles enemigos políticos dentro del ducado, revolucionarios ávidos de derrocar su mandato, habrían podido infiltrar a un agente suyo en el palacio, provocando aquella muerte. Nadie parecía objetar nada a sus teorías, pero tampoco las aprobaba con entusiasmo persona alguna, salvo su propio secretario, el lúgubre Muller.

De todos modos, el suceso había hecho mella en su moral de forma ostensible. El doctor Shelley tuvo que examinarle en su

alcoba aquella noche, cuando anunció que no cenaría con sus huéspedes y que se encontraba de nuevo en una recaída.

Frank constató este hecho y le aplicó la medicación adecuada, cambiando una mirada con la joven enfermera Werner al salir de la estancia. El Gran Duque se quedó acostado, la mirada perdida en el artesonado del alto techo de su alcoba regia, y la muchacha se reunió con Frank en el corredor.

—¿Qué piensa de esto? —preguntó al médico—. Le veo bastante mal.

—Está preocupado y abatido. Eso hace que su dolencia se agudice. Espero poder resolver en breve lo peor del «mal de Gruber», si la suerte me acompaña, señorita Werner.

—Por Dios, doctor, somos aquí amigos y compañeros de trabajo, no vuelva a llamarme así, con tanta ceremonia —sonrió sin demasiada alegría en su bonito rostro la pelirroja enfermera—. Mi nombre es Iona y me gusta, doctor Shelley.

—A mí también, Iona —le devolvió él la sonrisa—. Pero recuerde que yo me llamo Frank.

—De acuerdo... Frank —suspiró Iona Werner caminando a su lado—. He oído rumores de que le preocupa una noticia aparecida hoy en el periódico local...

—Así es. ¿Se lo ha comentado la señorita Braumer?

—Sí. Pero también he oído comentarla entre sí al Gran Duque y a su secretario, ese hombre tan desagradable y poco simpático, Kurt Muller.

—Oh, entiendo —los ojos del joven médico revelaron súbito interés—. ¿Sabe lo que decían?

—No. Hablaban en tono muy bajo, pero capté que ese cadáver decapitado en el camino real era el tema de su conversación. El Duque parecía furioso, airado por algo. Y el gesto de Muller era de honda preocupación. ¿Qué está pasando realmente aquí, Frank?

—Sinceramente, no lo sé, Iona —confesó Shelley amargamente—. Pero no es nada bueno. Quiera Dios que todo termine con la muerte de ese pobre chambelán. Algo me dice que eso puede ser sólo el principio.

—¿El principio de qué? —Se inquietó la enfermera.

—Si lo supiera... —Frank meneó la cabeza, entre dubitativo y pesimista—. Quería preguntarle algo, Iona.

—Si yo tengo la respuesta...

—Aquí debe existir una biblioteca, ¿no es cierto?

—Sí. Y muy completa. Al Gran Duque siempre le gustó leer.

—Ya. Imagino que habrá en ella libros de Medicina, de Cirugía, de investigación médica y científica en general...

—Pues sí. He comprobado eso personalmente. En realidad hay de todo.

—Gracias. Creo que me daré una vuelta por esa biblioteca antes de irme a dormir. Ahora, creo que va siendo hora de que vayamos a cenar nosotros.

Y ofreció galantemente su brazo a la enfermera, caminando ambos en dirección al comedor, donde esta noche solamente compartían la mesa con ellos la institutriz Sonia Braumer y la cortesana Greta Stein, la amante del Duque. Ninguna de ellas parecía tampoco realmente feliz.

Frank Shelley abrió otro libro voluminoso, de los varios que se desparramaban sobre la lustrosa mesa de la biblioteca ducal, a la luz de una lámpara de gas. Ya eran al menos una docena los que había examinado sin éxito.

El que ahora hojeaba con nerviosa impaciencia, tenía un título prometedor para sus intenciones: «Reciente historia de las investigaciones científicas en Europa». Su autor era un prestigio médico vienés, y el apartado destinado a estudiar y analizar los experimentos médicos de todo tipo era muy amplio.

De repente, los ojos de Frank brillaron. Su dedo se clavó en el papel amarillento del volumen, justo sobre unas líneas que destacaban de todas las demás ante sus ojos. Tuvo que releer aquel texto para estar más seguro de lo que pensaba:

«No hace muchos años, un prestigioso cirujano y oftalmólogo berlinés, el conocido doctor Emil B. Hauser, fue dado de baja en el Colegio Médico del Imperio Alemán, acusado de prácticas prohibidas. Por el mismo motivo se le procesó por posibles prácticas con cadáveres humanos y disección de animales vivos, quebrantando así las leyes prusianas. Fue absuelto de esos cargos por falta de pruebas, pero sigue dado de baja de su profesión a todos los efectos, si bien se tienen evidencias de que sigue ejerciendo sus experimentos prohibidos en algunos otros países

europeos, trabajando a veces bajo nombres supuestos.

»Una de las acusaciones más concretas que se le han hecho a este audaz y poco ortodoxo médico de Berlín es su intento repetido de realizar trasplantes oculares a personas faltas del don de la vista, mediante ojos pertenecientes a otras personas. Naturalmente, tal posibilidad, además de ilegal, es considerada blasfema por las autoridades civiles y eclesiásticas. Otro conocido oftalmólogo carente de título de doctor por haber sido expulsado de la Facultad antes de obtenerlo, por prácticas ilegales de cirugía, Gunther Klein, parece seguir junto a su maestro y amigo, el doctor Hauser, colaborando en sus arriesgadas y prohibidas experiencias médicas y quirúrgicas».

Frank cerró el libro con un resoplido. Sus ojos vagaron por las estanterías, repletas de volúmenes hasta el techo.

—El doctor Emil B. Hauser y Gunther Klein, avanzado estudiante de Medicina... —recitó entre dientes—. Eran ellos, estoy seguro. Los dos viajeros prusianos que vi en el parador de caminos, los dos hombres repentinamente muertos aquí. Ambos estuvieron junto al ahorcado, por eso a uno se le enganchó el botón desprendido de las ropas del barón de Burmeister... ¿A qué pudieron ir allí, sino a decapitar el cadáver? ¿Y por qué decapitarían un cuerpo sin vida, si no era para obtener algo de esa cabeza? Luego están los ojos del niño, las cicatrices de una mano experta en cirugía... Y el crimen de anoche. Dios mío, ¿es posible trasplantar unos ojos a un ser vivo, desde un cadáver humano? ¿Puede ser que esos órganos lleven consigo el influjo asesino de su dueño original, como una maldición?

Se incorporó vacilante, algo febril. La idea era horrenda, pero las piezas encajaban demasiado bien para ser casual.

Él no creía en ciertas casualidades. Y allí había demasiadas.

—Debió de trasplantar los ojos del barón al niño ciego —musitó, caminando hacia la salida de la biblioteca—. Y el Duque, para que no se supiera eso jamás, los hizo asesinar a ambos... Pero él debía ignorar que los ojos injertados a su hijo eran los de un asesino demente, un feroz criminal sin conciencia... Ahora se ha enterado y está furioso, alarmado... Tal vez él también empieza a pensar lo mismo que yo...

El regreso a su alcoba fue lento e inseguro. Empezaba a pesarle demasiado el horror intangible de aquella situación, de aquellos acontecimientos diabólicos que parecían ir mucho más allá de lo real, de lo terreno, para entrar en el mundo oscuro e insondable de las tinieblas, de lo desconocido, de lo sobrenatural...

Empujó la puerta de su habitación y se aproximó a la luz del mechero de gas, elevando la llama bajo la pantalla de vidrio rosado. Se volvió para quitarse la levita y colgarla cerca del lecho, abierto como siempre por la camarera de palacio, Ilse Strauss.

Un alarido de supremo horror escapó incontenible de la garganta del joven médico británico. Sus ojos despavoridos contemplaron el nuevo espanto, presente ahora sobre su propio lecho, encima de las blancas sábanas y la colcha dorada.

Allí estaba precisamente ella, la camarera Strauss. Tendida boca arriba encima de la cama, como contemplando el dosel desde el abismo eterno de la muerte.

Porque estaba muerta. Muerta como el chambelán Hoffman. Muerta de un terrible tajo en la garganta que le iba de oreja a oreja y había derramado torrentes de sangre sobre las ropas de la cama.

Pero tampoco le era posible ver nada ni tan siquiera desde la eternidad. Porque sus ojos eran dos horrendos orificios reventados, dos boquetes negruzcos de los que habían escapado sendos regueros de sangre y humor vítreo, entre desgarros de globos oculares. Una afilada punta había arrancado de cuajo las pupilas de la infortunada joven, en un auténtico delirio de sangre y de horror.

En ese mismo momento, en alguna parte del palacio ducal, sonó un prolongado grito de pavor.

El grito de una mujer angustiada, la desgarrada voz de alguien enfrentado a la muerte y al miedo.

Frank se precipitó hacia su valija, tomó un viejo revólver que llevó por precaución en su viaje por los solitarios caminos de Europa, y corrió hacia la estancia del joven Alexis, donde el grito se repetía, agudo y estremecedor, en la inconfundible voz de la institutriz Sonia Braumer.

Penetró como una exhalación, revólver en mano en la alcoba del hijo de Vladimiro de Morgenstein, no sin antes cruzarse con sobresaltados soldados de la guardia ducal, que corrían hacia allá sin saber a ciencia cierta lo que sucedía.

La escena que se presentó a ojos del médico británico casi sobrepasaba en horror, si ello era posible, a la que presenciara momento antes en su propia alcoba.

Sonia estaba encogida en un rincón de la alcoba, lívida y convulsa, con sus bellos ojos azules clavados con supremo pánico en la figura del joven Alexis. Y existían todos los motivos del mundo para que aquel terror hiciera presa en la joven *nurse* austríaca.

Alexis estaba sentado en su lecho, con las manos totalmente bañadas en sangre. De sus dedos goteaba ese espeso líquido escarlata, golpeando sorda, siniestramente, en sus rodillas o en las ropas de la cama. Sonreía diabólicamente, la mirada de sus ojos plomizos fija malignamente en lo que sostenía entre sus manos. Aquel rostro infantil, terso y suave, reflejaba una mezcla increíble de angélica ingenuidad y demoníaca perversión... ¡mientras clavaba lenta, inexorablemente, ferozmente, en los ojos de un pequeño garito, una larga púa de acero con la que estaba vaciándole ambos globos en una tortura escalofriante!

El desdichado animal, pese a su pequeñez, se debatía desesperado, intentando resistir aquel ataque despiadado. Pero no le era posible conseguir nada, porque ya mostraba en su cuello un profundo agujero por el que también escapaba la sangre, en mortal herida que iba debilitando su resistencia.

—Dios mío, es horrible... ¡Es horrible! —gemía, entre gritos histéricos, Sonia Braumer, sin poder apartar sus ojos del niño diabólico.

Rápido, dominando su náusea y su indignación, Frank corrió

hacia el niño y le arrancó de las manos el punzón y la víctima. Depositó al pobre gatito agonizante y ya ciego sobre la alfombra, y disparó sin vacilar su revólver sobre el animal. La víctima del torturador dejó de agitarse en su atroz agonía. Había dejado de sufrir.

—Maldito asesino, sanguinario demonio... —jadeó roncamente Shelley, encarándose con el niño, que le miraba entre sonriente y despectivo, aunque con un destello de malignidad y de odio en sus inquietantes ojos grises—. ¿No has tenido bastante sangre esta noche? ¿Es que tienes a Satanás alojado en tu cuerpo, sucia rata criminal?

Alexis se volvió hacia él.

—¿Cómo te atreves, bastardo? —aulló el infante, dilatando sus ojos plomizos con expresión de odio y rabia casi inhumanos—. ¡Haré que te ahorquen, asqueroso inglés! ¡Os ahorcarán y vaciarán los ojos a todos! ¡Yo lo ordenaré!

Harto de aquel espectáculo de sangre y de horrores, Frank descargó su zurda contra el rostro del niño, cruzándoselo en un bofetón tremendo. Alexis estalló en llanto, tratando de alcanzarle a zarpazos con sus dedos bañados en sangre, no se sabía bien si del pobre gato rematado por Frank de un disparo, o de la otra víctima humana, la infortunada Ilse Strauss...

Otro formidable bofetón arrojó al niño violentamente contra la cama, impidiéndole conseguir su objetivo. En ese punto, una fría voz ordenó desde la puerta:

—Quieto, doctor. No toque al niño. ¿Qué es lo que sucede aquí?

Se volvió Frank, dominando difícilmente su indignación. Encontróse con el secretario del Gran Duque, envuelto en una bata de seda, despeinado, y empuñando un pesado revólver amartillado con el que le estaba encañonando a él, fría su oscura mirada. Tras de Kurt Muller, asomaban tres o cuatro soldados de la guardia, con rostros demudados.

—No me encañone a mí, Muller —dijo secamente el médico—. Hágalo con ese pequeño monstruo al que tanto han consentido. No sólo estaba torturando y asesinando a un indefenso animal con saña incalificable, sino que acaba de asesinar a otra persona, esta vez en mi propia alcoba. Vaya allí, Muller. Se encontrará con el cadáver de la camarera Ilse Strauss. Degollada y con los ojos vaciados.

La mirada del secretario de Vladimiro de Morgenstein se hizo vidriosa, dio un paso atrás y bajó el arma, dando una orden en alemán a los soldados para que comprobasen aquel extremo.

Sonia Braumer sollozaba en un rincón, presa de la histeria, y el niño lloraba, rabioso, golpeando las ropas con sus puños ensangrentados.

—Creo que es preciso despertar al Gran Duque e informarle de todo —dijo sordamente el secretario, sin desviar sus ojos aturridos del hijo de su amo y señor.

Frank Shelley despertó aquella mañana con la cabeza dolorida y la boca pastosa. Había tomado varias copas antes de acostarse, pero sabía que no era sólo el efecto del alcohol lo que experimentaba. El horror de la noche anterior pesaba sobre él como una losa.

Se tomó un poco de láudano y salió del nuevo dormitorio que le asignaran aquella madrugada, empezando a sentirse algo mejor. Parecía como si nada hubiese ocurrido en palacio, pese a que en esos momentos se estaba procediendo al entierro del chambelán Hoffman, y que en la cámara ardiente reposaba el cadáver de Ilse Strauss, en una ceremonia fúnebre que parecía hacerse ya cotidiana en palacio.

Era tarde y renunció al desayuno habitual. No sentía el menor apetito esta mañana. Ni ganas de verse cara a cara con el Gran Duque, cuya disposición seguía sin gustarle lo más mínimo.

Ante los hechos consumados, Vladimiro de Morgenstein había reaccionado con su proverbial tolerancia para su feroz retoño. No sólo no le había castigado ni entregado a la Justicia, sino que había dado órdenes severas de ocultar lo sucedido, limitándose a encerrar al niño en sus habitaciones bajo llave, con orden severa de que el guardia de servicio ante su puerta no entrase para nada en la cámara ni permitiera a nadie aproximarse a la misma. El propio doctor Shelley había tenido que inyectar al niño un sedante bastante fuerte, por orden del padre, mientras éste y su secretario sujetaban al irascible pequeño.

De todos modos, el nuevo suceso había afectado profundamente al Gran Duque cuando le vio retirarse a sus habitaciones. Frank pensaba en ello al salir al patio del castillo, aprovechando que no nevaba y la temperatura había experimentado una leve mejoría relativa. Le sorprendió encontrar paseando junto a las murallas a

Sonia Braumer.

Ella le miró al oírle acercarse con el crujido de sus pasos en la nieve. Primero fue la suya una mirada de temor instintivo, como si tuviera miedo de que ella fuese a ser la víctima siguiente de la locura criminal desatada en el palacio del Duque.

—Ah, es usted, doctor —suspiró con alivio—. Hemos tenido la misma idea, ¿eh?

—A veces conviene respirar un poco de aire puro, aunque sea frío —asintió Frank acercándose a ella—. Ahí dentro parece respirarse algo viciado, maligno.

—El mismo diablo debe moverse por los pasillos del palacio, doctor. ¿Cómo es posible que un niño sea capaz de tanto horror?

—Posiblemente es un enfermo, su mente está dañada. No cabe otra explicación, señorita Braumer.

—He pensado mucho en lo que sucedió anteriormente, cuando Ilse Strauss fue a recogerle, ¿recuerda? Dijo cosas horribles entonces.

—Así es. Y algunas de ellas se han cumplido tristemente. Ahora, Ilse Strauss está como él dijo: muerta, con sus ojos vacíos.

—Dios mío... —Tembló el cuerpo esbelto de la rubia *nurse*—. Me pregunto si yo seguiré sus pasos. También me amenazó a mí, ¿recuerda?

—No lo he olvidado. Pero ahora está a buen recaudo por el momento.

—Por mí, bastará con que lo esté hasta el lunes.

—¿El lunes? ¿Por qué hasta entonces solamente, señorita Braumer?

—Me voy de aquí. Ya se lo he anunciado al Gran Duque. Trató de disuadirme, pero es en vano. Me voy. Ese día hay diligencia a la frontera. Estoy decidida.

—Creo que es una medida prudente. Ocurra lo que ocurra aquí, no puede seguir junto a ese niño.

—Por supuesto que no, doctor. Lo de anoche fue espantoso. Estaba a punto de dormirme, ya sabe que ocupo una alcoba cercana a la del pequeño. Entonces creí oír pasos furtivos en el corredor, la puerta suya abriéndose y cerrándose.

«Me levanté y fui allá a averiguar qué pasaba. Vi la puerta entreabierta y luz dentro. Entonces asomé. Y pude observar cómo

Alexis clavaba su punzón en el cuello del gatito ferozmente. Pero para entonces ya tenía las manos empapadas en sangre, de modo que debió herirle antes».

—No, señorita Braumer. Esa sangre no era del gato, sino de Ilse Strauss. No contento con asesinarla y vaciar sus ojos, torturó y mató a su garito. Seguramente, cuando le oyó usted venía de cometer su horrible crimen.

—Pero no se ha encontrado el arma homicida en su alcoba...

—Debió de ocultarla antes de llegar aquí, en algún sitio que sólo él conoce.

—Alexis juró y perjuró que él no había matado a Ilse Strauss...

—Miente. O no quiere confesar, o comete sus crímenes bajo un estado de trance, una especie de hipnosis o de locura momentánea. Es un extraño caso clínico, sin duda.

Ella le miró fijamente y preguntó con lentitud:

—¿Cree... cree usted doctor, que sus ojos tienen algo que ver con eso?

Frank humedeció sus labios. Luego asintió, arrugando el ceño.

—Es muy posible, sí. Creo saber quién le hizo el trasplante ocular, partiendo de los ojos de un asesino ahorcado, el barón que vimos colgado en aquel camino...

—Cielos, ¿usted lo sabe? —se asombró Sonia Braumer.

—Sí. El doctor Emil B. Hauser, de Berlín, y su ayudante, Gunther Klein. Ambos fueron posteriormente envenenados por el Gran Duque para que nunca se descubriera la verdad de lo sucedido. Es algo que ya hacían los faraones antiguamente: ordenar matar a los arquitectos de sus pirámides. La tiranía tiene esas formas horribles de pensar y de obrar, amiga mía.

—Es espantoso —ella se pegó instintivamente a Frank y tembló de nuevo—. Estoy asustada, doctor. Muy asustada... Tengo miedo de todo y de todos. Este lugar está maldito. Tal vez sea el influjo del barón asesino, o el castigo a la tiranía de ese duque, pero el mal existe aquí, casi se puede palpar, sentir.

Frank no pudo evitar tampoco su impulso de acariciar los dorados cabellos de la joven *nurse*, tratando de confortarla. Su voz sonó suave, persuasiva:

—No tema, Sonia —dijo, tratándola con más familiaridad por vez primera—. Si necesita algo o a alguien, no dude en acudir a mí.

La defendería con mi propia vida.

—Oh, Frank, Frank... —suspiró ella, conmovida. Y se abrazó a él de repente, mirándole con profundidad a los ojos—. Gracias por esas palabras. Usted me da confianza, me inspira fe, seguridad...

Se miraron muy de cerca. El cuerpo de ella tiritaba, apretándose al de Frank. El joven médico no pudo evitar inclinarse, pegar sus labios a los de ella. Un beso largo y profundo unió sus bocas en el gélido clima del patio del castillo.

Ninguno de ellos advirtió que allá arriba, en un balcón de palacio, un visillo era bajado, tras contemplar unos ojos de mujer, despechados y furiosos, el contacto cálido de ambos jóvenes.

Silenciosamente, la enfermera Iona Werner se alejó del balcón con una sombra de contrariedad y de ira en su bello rostro.

Aquella noche, el Gran Duque estaba demasiado deprimido para pensar en el sexo.

Greta Stein se dio pronto cuenta de ello y, algo contrariada, dada su ardorosa sensualidad, salió de entre las ropas del lecho de Vladimiro de Morgenstein, envolvió su turgente cuerpo moreno en una suntuosa bata de seda adamascada y, con una seca despedida, regresó a sus habitaciones.

La cortesana llevaba años conviviendo de modo más o menos disimulado con el Gran Duque. Al principio, las suyas habían sido unas relaciones tumultuosas, de una intensidad casi salvaje. Ahora, tal vez por el proceso degenerativo de su enfermedad, dichos contactos eran mucho más esporádicos y tibios. Eso no iba con su temperamento. Greta Stein se sentía arder por dentro, su carne opulenta y lujuriosa necesitaba de un amante más complaciente con sus deseos que el señor de Morgenstein.

Respiró hondo mientras caminaba por los silenciosos y sombríos corredores del viejo castillo ducal. Evocó, sin proponérselo, aquella joven figura atlética y vigorosa del nuevo médico, el joven británico llegado de Londres con la intención de sanar al enfermizo duque. Tembló, levemente excitada, apoyándose en un muro cubierto totalmente por un enorme tapiz, representando precisamente faunos y ninfas desnudos, correteando por un bosque paradisíaco. Greta Stein notó el ardor de su piel, los temblores lascivos de su cuerpo hecho para amar y ser amado. Deseó con toda su alma ser poseída por el joven doctor. Y cambió de rumbo, dirigiéndose hacia la

escalera angosta que descendía al laboratorio, donde habitualmente él estaba trabajando en sus investigaciones sobre el «mal de Gruber» y su posible remedio hasta altas horas de la madrugada.

Cuando vio la rendija de luz distante, sus temblores crecieron de grado. Se rozó con ambas manos los senos palpitantes y grandes, emergiendo casi por completo por la abertura de su roja bata adamascada. Era una mujer febril, apasionada, que buscaba al hombre casi de modo desesperado. Sabía que ni Frank Shelley ni nadie podría resistir sus encantos y su sensualidad. Cuando la viera desnuda, resbalando su bata suave sobre la piel tersa de sus rotundas formas, el inglés cedería inevitablemente a la tentación. Y eso llenaba de excitante frenesí a la hermosa cortesana.

Empujó lentamente la puerta, de gruesa madera claveteada. Los goznes chirriaron levemente, faltos del engrase necesario. Los ardientes ojos de la cortesana buscaron entre los alambiques, retortas, hornillos y demás artilugios de laboratorio la figura ansiada del joven londinense. No la encontró.

—Oh, no... —musitó, contemplando las luces de gas encendidas—. No puede haberse ido ya, tiene que estar aquí. Tal vez se ausentó un momento y vuelva enseguida...

Se tranquilizó, sin pensar siquiera en cubrirse el torso, por cuya abertura escapaba la turgencia exultante de sus majestuosos pechos. Se mordía el labio inferior, ansiosa por ver regresar al médico. Paseó entre las instalaciones del pequeño y húmedo laboratorio, dominando aquella febril impaciencia que abrasaba su carne trémula.

La puerta volvió a chirriar a sus espaldas. Se volvió, gozosa, exultante, iniciando una lúbrica sonrisa mientras todo su cuerpo se estremecía de gozo anticipado.

—Querido doctor, no podía dormir esta noche y... —comenzó a hablar, con voz susurrante e invitadora, para detenerse de repente, mirando con sorpresa y desconcierto a la persona que acababa de entrar en la estancia.

Sus ojos se dilataron, sorprendidos. Luego observó lo que la mano de aquel recién llegado esgrimía: era un largo, afiladísimo estilete de aguda punta. Los mecheros de gas arrancaron de su acerada aguja un destello siniestro. Los ojos de aquella persona brillaban extraños, demoníacos acaso. Greta Stein dio un paso atrás.

Ni siquiera se dio cuenta de que uno de sus senos escapaba totalmente de su prisión.

—¿Qué... qué significa esto? —jadeó—. ¿Qué haces tú aquí? ¿Qué... qué piensas hacer con esa daga?

Los ojos helados, malignos, seguían fijos en ella. Una mueca extraña, cruel y amenazadora, se dibujó en los labios apretados de la otra persona. Los dedos se ciñeron con más fiereza en torno a la empuñadura del arma.

—Zorra... —La voz que escapó de aquella boca era chirriante, áspera, malévola, con un tono ronco y desfigurado—. Maldita y sucia zorra... ¿A qué has venido? En tu cara se ve el deseo, en tu cuerpo la sucia lujuria... Eres como Ilse Strauss, como todas las cortesanas... Ella toqueteaba viciosamente a los niños. Tú buscas a los hombres para saciar tus apetitos... Mereces morir.

—¿Qué... qué estás diciendo? —El horror, la sorpresa, la incredulidad, asomaban a su expresión, a su voz insegura, temblorosa, mientras el miedo se iba acentuando en el brillo de sus ojos sobresaltados. Retrocedió un paso, luego otro. Derribó un escabel y sobre una mesa rodaron varios tubos de ensayo, hasta que algunos se hicieron añicos en el suelo. Apenas tuvo fuerzas para jadear, mientras el intruso se movía inexorable hacia ella, con aquel arma terrible en ristre—: Supongo que es una broma... No estarás pensando en... en hacerme daño...

—¿Eso crees? —Una risa malévola, siniestra, escapó de labios de su antagonista—. No sabes lo que dices, Greta Stein. Eres una viciosa repugnante. No mereces vivir. Tu sangre purificará tu cuerpo antes de que este filo justiciero vacíe tus ojos y los convierta en repugnante basura...

Entonces Greta Stein comprendió. Comprendió el horror que planeaba sobre ella. Aquel ser demente y feroz iba a asesinarla como lo hiciera antes con el chambelán Hoffman, con Ilse Strauss...

Trató de escapar. Huyó a toda prisa, intentando salir de entre dos mesas de trabajo del laboratorio. A su enemigo le bastó con tirarle un tajo violento al rostro.

Greta chilló de forma escalofriante al sentir el acero cortar profundamente su labio y su mejilla. La sangre escapó a borbotones, se tambaleó, horrorizada, y el arma volvió a golpearla. Esta vez, el tajo desgarró su pecho desnudo, abriéndolo casi en dos. El dolor fue

irresistible, mientras su torso chorreaba sangre. Se tambaleó, aturdida, a punto de desfallecer por completo.

Su asesino aprovechó la ocasión. Fue con rapidez hacia ella y le tiró un tercer tajo al cuello, mientras reía entre dientes con malignidad. El corte fue terrible. Le rebanó por completo la garganta, en un mar sanguinolento atroz. Los ojos se desorbitaron, la boca se abrió, convulsa, sin que grito alguno escapara de ella. Sólo un torrente rojo, en ebullición, huyó entre los labios crispados de la infortunada mujer.

Cayó hacia atrás, derribando toda una mesa llena de frascos y retortas. Su asesino se agachó sobre ella, implacable, poseído de aquella rabiosa furia homicida. El estilete apuntó a uno de sus ojos. Descendió como una centella. El vaciado de aquel globo ocular fue espantoso.

Reventó por completo, se desgarró, vomitando sangre y humores turbios. Luego le siguió el otro ojo, en un pinchazo atroz, brutal. La ceguera absoluta se anticipó en segundos a la muerte de la desdichada Greta Stein. Su cuerpo semidesnudo, bañado en sangre, quedó encogido entre las instalaciones del laboratorio, mientras las manos ensangrentadas se retiraban, y una risa demoníaca retumbaba en la bóveda del subterráneo.

—Ya está... —musitó la voz ronca y deshumanizada del monstruoso criminal, mientras unos ojos perversos, llenos de odio y de crueldad, se fijaban en su víctima. La daga afilada goteaba sangre espesa sobre el suelo del recinto, con sordo chapoteo—. Una más... hasta que se haga justicia en este lugar de corrupción y de maldad...

Se retiró silenciosamente, con pisadas de apagado sonido. En el suelo, el último estertor de Greta Stein apenas si fue audible. Su asesino abandonó el lugar sigilosa, calladamente. Huellas de sangre fueron quedando marcadas en las baldosas del pavimento palaciego, en dirección a los aposentos del pequeño Alexis...

—Gracias por todo, doctor Shelley —murmuró el Gran Duque, tras tomar una dosis del frasco que acababa de entregarle su joven médico—. De modo que al fin lo ha logrado...

—Creo haberlo logrado —rectificó suavemente el joven con una sonrisa—. Es sólo una primera experiencia. Su enfermedad, el llamado «mal de Gruber», ha resultado ser una dolencia degenerativa provocada sin duda por herencias familiares. En lugares como este ducado, señor, habrán sido frecuentes durante siglos los matrimonios y relaciones entre miembros de una misma familia.

—Así ha sido siempre, en efecto —admitió el señor de Morgenstein.

—El tal Gruber no adquirió su dolencia en la guerra, sino por esa causa. Es una epidemia que se transmite sólo por cauces familiares.

—Gruber era pariente mío. Mis padres eran primos hermanos. E incluso sospecho que ha habido numerosos incestos en mis antepasados —confesó con amargura el duque.

—Ahí tiene las posibles causas del mal. Creo haber aislado su origen en mis experimentos, y ése es un suero que quizá resulte o, cuando menos, sea el inicio de un tratamiento eficaz, señor. Por eso me he apresurado a venir a mostrárselo y administrarle la primera dosis. Cuanto antes empecemos, tanto mejor.

—No sabe cómo se lo agradezco, doctor —declaró Vladimiro de Morgenstein apretando una mano de Frank calurosamente entre las suyas—. Pídame lo que quiera y se lo daré.

—Todavía es pronto para cantar victoria. Pero tampoco tiene que darme nada. Estoy trabajando como me comprometí a hacerlo al aceptar su contrato, eso es todo.

—De todas maneras, voy a recompensarle muy generosamente si

logra usted...

Se interrumpió en plena frase. Un grito agudo en los pasillos le obligó a ello. Ambos hombres se miraron, inquietos. Luego se oyeron carreras precipitadas, voces exaltadas. Alguien golpeó la puerta del dormitorio cuando el Gran Duque se incorporaba poniéndose apresurado una bata.

Entró demudado, frenético, su secretario, Kurt Muller. Parecía despavorido.

—¡Señor, señor! —gimió—. ¡El niño ha escapado de su estancia! Pero eso no es lo peor. El centinela de noche, señor... está muerto. Le han degollado, justo a la puerta de la habitación... y le han vaciado los ojos... No sabemos dónde está su hijo...

—Dios mío, no —susurró con supremo horror Vladimiro de Morgenstein tambaleándose, hasta el punto de que Frank tuvo que sujetarle. Miró aterrado al médico—. Mi hijo... No es posible, doctor...

—Usted sabe que sí —dijo gravemente Shelley—. Ha querido cerrar los ojos a evidencias muy claras. Dios quiera que esta vez las cosas no sean peores aún.

—¡Pronto, es preciso dar con él, esté donde esté! —bramó el Gran Duque airadamente—. ¡Buscadle, dad con él! ¡Hay que encontrar a mi hijo! ¡Y si él mató al centinela, juro que mi escarmiento en él será terrible! ¡Esta vez no habrá perdón, maldito sea ese hijo de Lucifer!

Se inició en todo el palacio una búsqueda febril.

Antorchas y lámparas de petróleo corrían en todas direcciones, ecos dormidos despertaban en los interminables corredores y altas bóvedas, al redoble de alabardas y botas en movimiento. No quedaría estancia alguna por registrar, en busca del niño desaparecido, mientras una piadosa manta cubría el cuerpo ensangrentado del guardia ducal que fuera asesinado ante la puerta ahora abierta del dormitorio infantil.

Frank Shelley, preocupado e inquieto, regresó al laboratorio mientras continuaba el registro implacable. Entró en el lugar de trabajo para recoger sus cosas antes de retirarse a dormir, satisfecho por su posible éxito investigador, pero profundamente ensombrecido por la desaparición de Alexis de Morgenstein.

Se paró súbitamente, lanzando un grito de horror. Sus ojos se

clavaron en el cuerpo de mujer, opulento y semidesnudo, tumbado entre dos mesas del laboratorio. Le fue difícil reconocer en aquel macabro maniquí humano bañado en sangre a la exultante y hermosa Greta Stein.

Pero era ella.

La nueva víctima del monstruo...

Por unos instantes, Frank perdió incluso la capacidad de reaccionar, de hablar o siquiera de pensar. El nuevo hallazgo macabro era demasiado terrible para no sentirse anonadado por su sangriento significado, por su espantosa apariencia.

Pero de inmediato, algo le hizo salir de aquel marasmo. Fue un vago sonido, casi inapreciable. Un gemido acaso. Una voz humana, débil y ronca, en alguna parte...

Miró en derredor, preocupado. Su mano se había hundido ya en la levita, extrayendo el revólver que ya usara una vez para mitigar la agonía de un desdichado animalito torturado por el pequeño monstruo de Morgenstein. Lo amartilló, decidido, apretó los labios y se movió hacia donde sonara el quejido, justamente fuera del laboratorio, en el mismo corredor por dónde pasara momentos antes, camino del recinto de trabajo clínico.

Se encaró con el pasillo en sombras, sinuoso y húmedo. Las paredes del sótano palaciego rezumaban hasta cubrirse de manchas verdosas. Las hornacinas, porches y ojivas eran numerosas en toda su extensión. Regresó para tomar un quinqué, con el que alumbró su camino, sin abandonar el arma. El gemido se repitió, cerca de él, provocándole un leve estremecimiento de incertidumbre. Algo le decía que estaba a punto de encararse a una nueva y tremenda realidad.

Alargó el brazo con el quinqué, alumbrando dos hornacinas del muro, que resultaron totalmente vacías. Las sombras bailotearon en torno suyo una especie de sardónica danza macabra.

Avanzó un poco más. Había una especie de soportal inmediato, de forma ojival, sumido en total oscuridad. Su dedo índice se puso tenso sobre el gatillo. Luego, de aquella zona de sombras, brotó el quejido apagado. Rápido, adelantóse y alumbró el lugar.

No pudo evitar una imprecación de horror. Se quedó contemplando al pequeño ser encogido en el fondo del pórtico, contra la pared húmeda. Unos ojos grises, profundos y fríos, le

miraron despavoridos, con una mezcla de miedo y de odio.

Luego, Frank pudo ver las pequeñas manos ensangrentadas, las manchas rojas en ropas y zapatos, el afilado y centelleante estilete de larga hoja y aguda punta, reposando bañado en sangre sobre sus rodillas...

—¡Alexis! —jadeó roncamente el médico, incrédulo todavía, pese a cuánto había presenciado en aquel palacio de pesadilla—. Tú... Dios mío, ¿qué hiciste esta vez?

—Yo... no sé... —se quejó el niño—. No recuerdo nada... No he hecho nada... Vete, no me toques... No me mires así. Te odio... Te mataré si me tocas...

—De eso estoy seguro, pequeño —murmuró con tono duro Shelley—. Y si tú mueves esa mano armada, te volaré la cabeza de un balazo, sin el menor reparo.

En alguna parte, a sus espaldas, se oían voces y pasos en la búsqueda incesante del desaparecido. Mientras el niño ensangrentado sollozaba proclamando su inocencia, Frank levantó la voz, emitiendo potentes voces que resonaron en los corredores huecamente:

—¡Aquí, aquí, pronto! ¡He encontrado al niño! ¡Aquí, en el laboratorio, vengan enseguida!

Aterrorizado, Alexis intentó incorporarse y huir. Frank, rápido, le puso el arma contra el pecho y silabeó con sequedad:

—Quieto, pequeño. Ni lo intentes. Esta vez no volverás a escapar...

Los ojos de color de plomo, desde sus nuevas órbitas, le miraban con odio profundo, con rabia incontenible...

Acudieron los soldados con un oficial de la guardia. Rodearon al pequeño, indecisos, apuntándole con sus alabardas y espadas. Uno corrió a llamar al Gran Duque.

—Dentro, en el laboratorio, está el cadáver de Greta Stein —explicó Frank sordamente apenas asomó el pálido y sudoroso Vladimiro de Morgenstein por el corredor—. Como los demás, señor. Acuchillada... y con los ojos vaciados.

—Dios... —El horror conmovió la faz del Gran Duque, que luego dirigió sus ojos atónitos y doloridos hacia su hijo Alexis, sujeto por dos soldados de la guardia. Miró, casi sin creerlo, el largo estilete sangrante que uno de sus hombres le tendía, tras arrebatárselo al

niño a viva fuerza. Preguntó al infante con voz crispada—: ¿Qué es lo que has hecho esta vez, miserable? Ella... ella era mi amada... La iba a hacer mi esposa...

—No sé, papá... —sollozó el niño—. Yo no hice nada, lo juro. Estaba dormido en mi alcoba... Desperté aquí de repente... con ese cuchillo. No sé nada... ¡No he matado a nadie, tienes que creerme!

—Te he creído demasiado ya, hijo —habló amargamente Vladimiro de Morgenstein—. Y eso ha costado ya demasiadas vidas humanas... Creo que Dios era justo cuando te hizo nacer ciego. Esos ojos malditos que te he proporcionado, esos ojos de un loco asesino que murió en la horca, y que el condenado doctor Hauser te injertó, son la causa de toda esta demencia criminal que te posee. ¡Sólo cuando tus ojos prestados vuelvan a desaparecer para siempre, volverá la paz a tu espíritu y al mío, hijo del diablo!

Y antes de que nadie pudiera preverlo, fríamente, con una implacable, feroz decisión, el señor feudal alzó el largo, punzante acero... ¡y lo clavó profunda y cruelmente en uno de los ojos de su propio hijo!

El alarido de éste conmovió todas las piedras del castillo. Frank Shelley, demudado, saltó adelante, tratando de impedir lo inevitable. Ya era tarde.

No contento con su primer impulso, Vladimiro de Morgenstein acababa de extraer el estilete, para sepultarlo de nuevo en el otro ojo de Alexis, logrando que ambos reventaran, a través de los párpados desgarrados, en un destrozo tan bestial como escalofriante.

Los chillidos del niño cegado en aquel bárbaro sacrificio de castigo, se perdían en ecos espeluznantes por todos los recodos del siniestro castillo de Blandstadt.

Volvía a nevar, aunque débilmente.

La diligencia rodaba por el camino real, alejándose del Blandstadt, camino de la frontera prusiana. En ella viajaban tres personas ahora, en completo silencio desde que abandonaran la capital del Gran Ducado de Morgenstein.

Frank Shelley, Iona Werner y Sonia Braumer eran sus viajeros. Arriba, el cochero canturreaba una canción, ahora que estaba lejos de una capital de luto por la muerte de Greta Stein, la vuelta a la ceguera de Alexis de Morgenstein y la recaída de su padre, más enfermo ahora que nunca, a pesar de la nueva medicina del doctor Shelley, que ni siquiera quería probar.

—Ahora todo queda atrás —dijo de pronto Iona Werner, la pelirroja enfermera, lanzando un suspiro cuando las montañas nevadas ocultaron definitivamente a su vista la lejana panorámica de Blandstadt—. Nunca he deseado tanto una cosa como abandonar este horrible país, la verdad.

—La comprendo muy bien, querida —sonrió tristemente Sonia Braumer—. Yo también deseaba irme cuanto antes de él. Es un mundo feudal, de barbarie, tiranía, pasiones violentas y almas enfermizas. Nunca podremos olvidar la orgía de sangre vivida en ese palacio, estoy segura de ello.

—Debo admitir que mi trabajo en Morgenstein ha durado muy poco —sonrió con cierta amargura Frank Shelley—. Ahora tendré que buscar trabajo en algún hospital de Londres, hasta poderme establecer por mi cuenta, pero no me arrepiento de la decisión de abandonar este sitio.

—Yo tampoco —admitió Iona Werner—. Creo que el duque pronto no necesitará de enfermeras. Está muy grave y no desea vivir tras lo ocurrido con su hijo...

—Vivirá —dijo Frank—. Vivirá en su amargura, con el peor de

los castigos por los asesinatos del doctor Hauser y de su ayudante, Gunter Klein. Eso es peor que la misma muerte para un padre que hizo de su hijo un ídolo intocable.

—Siempre fue un monstruo, incluso estando ciego —recordó la enfermera—. Pero creo que los ojos de ese ahorcado le convirtieron en una fiera enloquecida.

Siguieron conversando durante un tiempo sobre los aterradores sucesos del palacio de Blandstadt. A su llegada al parador de caminos donde pernoctaron una noche en la que Frank Shelley tuvo su primera intuición sobre el horror que se avecinaba, Sonia Braumer les sorprendió a ambos con sus palabras.

—Yo no me quedo a pernoctar aquí, amigos míos —dijo la rubia y bella institutriz con una triste sonrisa—. Deseo llegar cuanto antes a la frontera y abandonar este horrible país. Compraré aquí un caballo y partiré hacia Prusia de inmediato. Les deseo buen viaje a ambos.

Frank e Iona la miraron con cierta extrañeza. Y Sonia dirigió una ojeada risueña a la enfermera, al tiempo que apretaba su brazo afectuosamente.

—Usted llegó a pensar que yo estaba enamorada del doctor Shelley y quería quitarle al ser que ama, ¿verdad, amiga mía? Pues no es así. Sólo necesitaba protección y consuelo en aquel odioso castillo. Y él me la ofreció.

—Yo... yo... —balbuceó Iona Werner, enrojeciendo vivamente.

—La vi en el balcón aquella mañana, querida. Su rostro era un poema. No necesita explicarme nada a mí. A él, tal vez. Los hombres son muy tontos cuando no saben apreciar que una mujer les ama...

Bajó de la diligencia, encaminándose a hablar con el mesonero, mientras la rolliza moza del parador tomaba las valijas de todos ellos. Frank e Iona cambiaron otra mirada, esta vez muy distinta. Ella tenía las mejillas encendidas y sus manos temblaban.

—Iona... —musitó el joven médico—. Yo no podía imaginar... Lo cierto es que he pensado mucho en usted estos últimos días, pero ni remotamente sospeché que...

—Por Dios, Frank, dejemos eso —rogó la enfermera, turbada—. No tiene por qué compadecerme por mis sentimientos. Sé que pronto nos separaremos, que usted volverá a su Londres natal y yo a

mi propia tierra. Pero no podré evitar pensar en usted durante mucho tiempo.

Y diciendo esto, se alejó rápidamente de él, entrando en el mesón. Frank la siguió lentamente, con expresión pensativa. La nieve arreciaba en intensidad. El frío iba aumentando por momentos.

Antes de que ellos almorzaran, Sonia Braumer se acercó a ambos y puso en manos de Frank una carta cerrada y lacrada.

El médico la miró, sorprendido.

—Es para ti Frank —dijo ella—. Mi despedida. No la abras aún, por favor. No hasta que yo esté lo bastante lejos de aquí. Adiós, amigos míos. Hasta nunca.

Agitó su mano, se cubrió con su caperuza forrada de pieles, envolvió su esbelto cuerpo en la capa y salió al exterior. Momentos después, un galope se alejaba del parador, camino adelante, rumbo a Prusia.

Frank y la enfermera comenzaron a comer. Aquel sobre lacrado parecía quemar en el bolsillo de su levita. El médico tuvo una repentina reacción, invadido por uno de aquellos extraños presentimientos suyos.

Apartó plato y copa, y extrajo el sobre, rasgándolo. Iona le miró con reproche.

—Ella dijo que más tarde... —objetó, sin que él le hiciera caso. Frank desplegó las dos hojas manuscritas y comenzó a leer:

«Querido Frank:

»Debo decirte que no soy austríaca. ¿No lo sospechaste cuando supiste que yo venía de Berlín y no de Viena? Tenía mis motivos para ocultar mi verdadera nacionalidad. No quería que nadie en el mundo me relacionara con mi padre. Era su propia voluntad, no la mía. No deseaba que su mala fama pudiera dañarme a mí en algo. Tal vez fue un hombre extraño y hasta poco escrupuloso, pero me quiso siempre mucho. Y yo a él.

»Mi apellido no es Braumer. Es decir, sí lo es, pero mi padre sólo usaba de él la inicial, porque era el apellido materno. Mi nombre real es Sonia Hauser. Sí, Frank. Soy hija del doctor Emil B. Hauser. En realidad, Emil Braumer

Hauser. Él robó sus ojos al ahorcado barón de Burmeister y los injertó al pequeño Alexis. Era el sueño de su vida: trasplantar ojos humanos, devolver la visión a los ciegos. Tal vez hubiera triunfado en ello. Pero ese canalla del Gran Duque le hizo asesinar para que nadie supiera lo de su hijo.

»Yo ignoraba, al llegar aquí, todo eso. Ni siquiera supe lo de la muerte de papá hasta que tú mencionaste tu teoría. No había entrado en la cámara ardiente, nunca vi a papá muerto, no podía imaginar que el prusiano fallecido fuera mi padre. El nuestro resultó un encuentro tan casual como fantástico y penoso. La fatalidad, el destino, unió a mi padre y a mí en ese castillo, en un mismo día. Cuando estuve segura de que el Gran Duque le había asesinado, planeé mi venganza.

»Sí, Frank. He sido capaz de odiar hasta límites bestiales. Soy una fiera sanguinaria cuando me siento vengativa. Esa gente no merecía piedad. Nadie la merecía. Forman una corte corrupta y envilecida. Yo maté a todos ellos, Frank. Al chambelán Hoffman, a la camarera Ilse Strauss, a la cortesana Greta Stein... Era fácil dejar luego manchas de sangre en las ropas del niño, acusarle cada vez más claramente. Ese pequeño es un monstruo que no merece otra cosa sino seguir ciego toda su vida. Fue todo muy sencillo. Lo más complicado fue el final: asesinar al centinela, entrar y narcotizar al niño dormido, llevarlo conmigo al laboratorio, donde encontré a Greta Stein. La asesiné, empapé de sangre a Alexis, puse el arma en sus manos y me marché. Cuando su padre le vació los ojos, mi venganza estaba cumplida. El niño vuelve a ser ciego, como antes de morir mi padre, y el Gran Duque vivirá el resto de sus días sufriendo ese dolor y el daño que causó a su hijo. Daño que aún le torturará más, puesto que le he depositado en el buzón postal una misiva donde le cuento esto mismo. Cuando la reciba, cuando sepa que cegó a su hijo en vano, su dolor será indescriptible y yo me sentiré feliz.

»Lo lamento, Frank. No soy la mujer dulce que imaginabas, ya lo ves. No sería capaz, en mi amargura, de hacer feliz a ningún hombre. Adiós. Ahora, que sea el cielo

quien me juzgue cuando llegue el día. No me arrepiento de nada de cuánto hice.

»Sonia Hauser».

—¡Dios mío, es terrible! —clamó Frank, dejando caer la carta sobre la mesa y precipitándose hacia el mesonero—. ¡Pronto, un caballo! ¡Tengo que alcanzar a esa mujer que se marchó!

Poco después, cabalgaba al galope a través de la nieve, en pos de Sonia. Gruesos copos nevados caían en torbellino desde el cielo gris plomizo. En el mesón, Iona leía horrorizada la confesión de la institutriz.

Frank Shelley vio en la distancia la horca levantada junto al camino. Esta vez estaba vacía, sólo con la soga colgando de ella. Galopó, con más rapidez, al creer vislumbrar un caballo y su jinete, en medio de la ventisca de nieve, cerca ya del siniestro emplazamiento de la horca.

El viento arreció de pronto, casi huracanado, agitando su macferlán y azotando su rostro con copos helados. Allí, en la distancia, ocurría algo.

Tal vez la propia fuerza del viento hacía oscilar la horca de madera vieja. La vio ceder, tambalearse... y caer sobre el camino pesadamente, entre remolinos de blancos copos.

Cuando llegó al lugar, el caballo del mesón paseaba inquieto por la espesa nieve. En medio del camino, bajo el madero de la horca, yacía un cuerpo inmóvil, aplastado contra el blanco elemento.

—¡Sonia! —gritó, precipitándose hacia ella desde su montura.

Se agachó, apartó cómo pudo la pesada horca donde viera tiempo atrás el cadáver del siniestro barón de Burmeister. Sonia yacía boca abajo. La madera le había golpeado violentamente la base del cráneo. La rubia cabeza se movió a un lado y otro, como algo inarticulado, cuando bajó su caperuza de pieles.

Tenía el cuello roto. Estaba blanca como la propia nieve, con un gesto entre sorprendido y apacible. La muerte le había sorprendido demasiado para hacerla sufrir.

—Dios, pobre Sonia... —murmuró Frank, demudado—. Vine a capturarte para que pagaras tus crímenes... y te encuentro sin vida. Muerta por un golpe de la horca del camino... ¡Qué absurda muerte!

¿Absurda? De repente, Frank sintió un escalofrío. Miró la horca abatida. ¿Había sido realmente el viento? ¿No era Sonia Hauser quien provocó el fin de los ojos de un ahorcado? ¿Acaso en realidad podían unos ojos humanos poseer algo del ser que inicialmente los disfrutó, hasta el punto de provocar el crimen, el odio, la venganza y la locura asesina en los demás?

Y ahora, la culpable de que esos ojos ya no existieran, ¿había recibido acaso su castigo desde ultratumba, precisamente a causa de la horca de donde pendió el hombre cuyos ojos habían sido destruidos?

—Cielos, no es posible... —musitó, llevándose las manos a la cabeza—. Es demasiado horrible para admitirlo. Y sin embargo...

Cargó con el cuerpo de Sonia Hauser. Fue hacia el caballo. Montó, llevándolo consigo. Dirigió una última mirada a la horca tendida en el camino. Se estremeció.

Y dio media vuelta a su caballo, emprendiendo el galope hacia el mesón con el cadáver de la rubia *nurse* sobre la silla.

—Debo reunirme con Iona —murmuró mientras cabalgaba a través de la tormenta de nieve—. Debo volver junto a ella. Tal vez para no separarnos nunca. Después de todo, una buena enfermera siempre tendrá trabajo en Londres... incluso en la consulta de su propio esposo...

Espoleó a su montura para llegar antes al parador. Allá, a su espalda, la nieve comenzaba a sepultar el madero lúgubre, como se sepulta el cadáver de un ser humano.

El viento había cesado de soplar bruscamente.

FIN

¡Ya están aquí!

EL BÁRBARO ROMPE SUS CADENAS
PARA APARECER EN LOS
DOS GRANDES ALBUMES

CONANTM

EL DESTRUCTOR

CONANTM

EL BÁRBARO



COMICS
forum

¡ATENCIÓN A
TU QUIOSCO!
¡NO TE LOS
PIERDAS!

Si le atrae lo desconocido

GALAXIA 2000

colmará sus aficiones

Si desea saber cómo puede
ser la vida en otros mundos

GALAXIA 2000

le informará

Si su fantasía le lleva a
evadirse de este siglo XX

GALAXIA 2000

le transportará al futuro

La imaginación de los
grandes AUTORES puesta a
su servicio en sus mejores
obras, rigurosamente
inéditas, que hallará en la
Colección

GALAXIA 2000

CUATRO SERIES
en las que sólo tienen cabida obras
RIGUROSAMENTE INEDITAS
de los autores de mayor prestigio

Serie ciencia ficción
GALAXIA 2000

Serie oeste
MUSTANG

Serie policíaca
TOP SECRET

Serie terror
THANATOS

75 ptas.

NOTAS

[1] Familiar nombre que se da en Londres al Hospital de San Bartolomé, centro en el que habitualmente ejercían sus primeras prácticas médicas los licenciados en Medicina. (N. del A.). < <